

TENAZ COMO LA LUZ

EDITORIAL CULTURA

- © Enrique Juárez Toledo, 2022
© Por la presente edición, Editorial Cultura, 2022
Diagramación: William Osorio
Edición al cuidado de Enrique Noriega

Una publicación de Editorial Cultura
editorialcultura@mcd.gob.gt

ISBN: 978-9929-774-XX-X

Impreso y hecho en Guatemala
Printed and made in Guatemala

Reservados todos los derechos. De conformidad con la ley (Artículo 274 del Código Penal), no está permitida la reproducción parcial o total de este libro ni su tratamiento informático ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por registro u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

TENAZ COMO LA LUZ

ENRIQUE JUÁREZ TOLEDO
SELECCIÓN DE SU POESÍA

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS 1992

Colección Poesía
Serie Rafael Landívar n.º XX

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTES DE GUATEMALA

Felipe Amado Aguilar Marroquín
MINISTRO DE CULTURA Y DEPORTES

Cristhian Calderón Santizo
VICEMINISTRO DE CULTURA

Gretchen Fabiola Barneond Martínez
DIRECTORA GENERAL DE LAS ARTES

Denise Phé-Funchal
DIRECTORA DE EDITORIAL CULTURA

De TIERRA SIN CIELO
(1954)

Voz del amante

Uno tiene una mujer amada
y quiere ansioso estar siempre con ella,
por embriagarse en el ciruelo de sus labios
y que en seda se cambien sus dos manos.

Y la mujer amada nos roba el pensamiento.
Aquí, allá, su imagen nos preside;
se sienten sus brazos en el cuello,
su aliento vaporoso de mañana invernal.
Pero, qué doloroso si se hace pasajera;
que no sirva de nada tener anchas las manos.
Y al decir que se amanece alegre;
que pensando en ella, un mirlo en nuestra frente
aletea su rosada canción de vegetales:
nos preocupa qué hacer frente a la bruma;
qué, con ese agobio no temido,
cuando empuje su lluvia de alevos escarchas.

Del día más soleado
surgirá la borrasca apretada de simunes;
sus densas tolvaneras de oscuros desiertos;
el granizo mortal y las sombras
de tanto familiar desconocido.

Y de pronto ¡Ella!, la amada envejecida;
el sostén del esfuerzo y el ensueño;
la hermana intemporal que tanta falta hace,
cuando se espera el triste silbido de los trenes,
por las ajadas lilas de la despedida,
ya acosada de pájaros implumes.

Evocaciones

Volvamos -le decía yo en mi carta-,
tú regulas todavía mis latidos;
ya perdimos billones de segundos
olvidando que la vida no es mañana.

¡A qué esperar que otra ilusión
alivie el alma que sufre noche y día,
torturada por el mal sin lenitiva
que es no verte, no sentirte, no besarte?

Ahora, por mi cuarto abandonando
el mensajero pasa huyendo a mis preguntas
y una roza de insomnios me quema el corazón.

Barcaza que zozobra, mi cuarto sigue oscuro.
Océanos de sospecha hay que me hacen temblar.
Cómo sigo perdiéndome entre sueños febriles.

¡Matarlas aquí, en mi mente, con un dardo de olvido?
No puedo, corazón. Si no está lejos.
Que vuelva a este puerto de mi frente y mis brazos.
Yo no quiero sus cartas. Su presencia quiero.
Que me omita en la lista negra de su olvido
Y ya no robe cifras a nuestra humanidad.

De PARA MORIR CONTENTO
(1949)

*

Sacro fuego de ilímite dominio,
fuego inmortal
que has sostenido el girasol del mundo,
cuando alargas tu mano luminosa,
el varón de ojo tierno
en joven plenilunio
exclama en lo mejor de su consuelo:
¡Por qué temer del pecho
sin ritmos para el aire,
por qué llorar un ramo
de manos en delirio,
por qué por las espinas y los cardos!

La tristeza vivía como abeja
sobre la rosa de mi corazón;
alvéolos de panal
eran mis ojos
para amasar agobios y dolores,
cuando tu amado hálito
limpió los cuadros de mi soledad.

Oh padre -el más fecundo-
que anulas el responso y la elegía
de todo lo perdido,
conserva el amasijo de mis mieles,
mientras con ella canto la ígnea oda
del calcio como abono
de futuras campiñas. . .

Cantemos con guitarras
de un maizal en septiembre,
sin madrigal de lágrimas ni endecha de suspiros;
por algo el giro es uno,

el de la tierra
que con fuerte atracción ama mis sueños,
tus ansias cristalinas,
mis carnales pasiones,
tus brazos con afán de mariposas.

*

Yo no sabía del divino goce
de encontrar una amiga que se ajusta,
-como al tinte del cielo
la voz de la campana-,
a las diarias tristezas o alegrías
que nos clavan sus aspas de molino.

Te ignoraba, y sólo por el ruido
de todas esas armas conque afana
al más íntimo sueño,
el tiempo ingrato cavador de tumbas,
me orienté a tu dilema,
inquietud solazada en sublimarme.

¿Acaso tú sabías, compañera,
de este bíblico gesto
de entregarse a una mano conocida,
para dar el traspies hacia el vacío?

¿Por qué cuando madura mi entusiasmo,
de música te sienten mis abrazos,
y en sed de altura,
has tomado por pértiga mi dicha
y te evades de mi órbita?

Ebria de tu embeleso,
olvidas la amistad en que resarce
mi espíritu su amor a los encantos.
Me llenas del silencio en que se encumbra
-ya amor de mar- el campo,
cuando esquiva la voz del mejor fruto
ansioso de ser ave.
Y eres mi tentativa
recreándose en sí misma.

*

Amante -me decías-
no malgaste el oro de tus minas
y guarda su esplendor para el invierno.
Celaje de mi hastío,
savia fecunda
que muchas noches me llenó de frutos,
de dulcísimo estrépito
y desmayos de tenso firmamento.
Guarda tu clave para abrir la nada
y encerrar en los ojos
-ya muy sexos y náufragos del goce-
el espectro de todas nuestras penas.

Soledad de verano,
la de hoy tan sólo mía,
me da una limpia dimensión del sitio
donde trencé contigo mis anhelos,
como el humo en la nube,
buscando giros de ave a mi fastidio.
Aquí al abrigo de tu núbil forma,

por la ígnea inquietud con que viniste
diluida entre mis cosas,
me tendrás subyugado
reverso del olvido.

No creí que estuvieses fabricada
por la extraña deidad de un artificio,
con eso que levanta una arboleda
o mantiene en su cúspide
la lira de la launa.
No tiene nombre el aliciente tuyo,
estoy que en mí te clava
con fríos alfileres en mis poros.
Idolatro tu imagen bienvenida
y entre gentil vehemencia
te creo escapulario.

*

Tú eres la soberana luz que invoco,
ilusionado siempre por tus ojos
de tumbo y de celaje,
Cleopatra mía,
regazo de virtudes y pecados.

Mujer más golondrina
que una altísima nube,
al correr los pestillos del silencio
tu presencia aclamada por los astros,
sólo tus ojos
me hablaron de ese viaje.

Te ibas flébil, suave llama apagada,
espiga y flor rebelde a su designio,
situación de mi ser
entre clamores.

Esmeralda y marfil, endurecidos,
tus ojos borran nuestra lontananza,
mujer inamovible,
aroma de la brisa,
rescatado azahar entre la niebla;
ya no me pone mustio
la visión de tus alas.

Me encanta ver que vives si te veo
y en mi pecho, una estatua
formada con instantes de tu tiempo
es tácita constancia de mi drama.
Ella tiene tus ojos
en pie, de centinelas
avizores constantes
celosos de mis sueños,
para anunciar tu arribo a mi memoria.

¡Nada como los ojos,
su tumbo y sus celajes!
Inclinado a tu fiebre,
voluptuoso de muerte como siempre
me habituaré a ser tuyo sin palparte.
Ah temeraria lucha,
poséeme que triunfas.

*

Yo fui el aire celoso
de tu febril garganta,
si entre plúmbeos álamos cantabas.
Y al sentir mi corteza
el vértigo sin cauce de tu savia,
solidarios de amor tarde atendimos
a nuestro débil pecho, y ya su esclusa
reventaban las penas del vecino.

Cómo pensar si a ratos se te olvida
que en ti reinó mi tacto,
mi sangre y mi palabra
como soles de enero
en iniciales siembras.
Diana de caza que perdiste el pulso,
feliz de hacerme el arco de tus fines,
volviéndote la aljaba
para el dardo que son nuestras pasiones.
¡Por qué, mi hiriente cazadora, herida!

La diversión del día
era un paciente remallar tus sueños,
cuando la magia de una dicha insólita,
fingió darnos la tierra
sin la rampante fauna de su insidia.
Remayar mis ideales
con el hilo de fe que perdería
a la par de tu euritmia,
llama y flor secuestrada por un cierzo.

Yo soy bueno, me he dicho, nunca ofendo;
pero hay daños sin nada volitivo.
A saber, si mis manos en sosiego
le cavaron la tumba a tu silencio.
Vibrando como el arpa
que entre risas se cree
el músico instrumento de la lluvia,
al sentir mi caricia, conmovida
formabas con tus labios
un pétreo litoral a nuestros duelos.
Y en ti hallaba la mies de lo sincero,
de la amistad que afuera es imposible.

*

Se me antoja que nunca he sido grande,
sino un niño, ¡un niño!
Me quito la corbata y es la luna
la más alta cometa de mi infancia;
el aire sopla recio
y en sus hombros me eleva como un globo;
y al margen de las piedras,
sobre un sendero de hule,
me desintegro, vuelo
con reliquia de olvido a mis espaldas.

En esta alada fase
presiento que la vida será un canto,
sin ver que estoy herido
y mi cuerpo -como una mariposa-
disecado subsiste en mis verdugos.

Y descubro el milagro
del agua, que no es agua
sino inclemente fuego,
mensaje de la fruta,
del trigo y la cebada,
geniecillos amantes del fermento,
por sentir que se bañan en mi sangre.

Ni una fiera me habita
y tengo el magno don de los arcángeles,
su ritmo adormilado;
sin sentirme la carne, tan humilde
junto a mi transparencia.
Para mí no hay pared sin su ventana,
cuando agita las alas
encantado con ser de nuevo niño.

¡Mira el granizo de mi carcajada,
el aire sobre su hombro me levanta
y aviva mis matices!
No sé qué lengua se habla a mi costado,
qué discuten los ciegos;
sí lloran su pretérito
y entierran el metal de su presente
como cimiento para bien futuro.
Ellos no tienen alas,
ni ven que yo me quito la corbata;
que llevo en la cabeza
la veloz rotación de nuestra esfera,
-oh sensata locura de estar ebrio-.

De CANTEMOS POR LA
HERIDA (1962)

Oscar el rapsoda

Troya de música, sitiada desde siempre,
gruta de mi agua, cántico severo,
qué codiciable presa,
por ovejita, eres
junto a cuervos antiguos y voraces leones.
Aquí, de vuelta, quien ayer sufría
por tu anémico dolor de sienes,
hoy estrena este cordaje tenso,
para halaga tu oreja con notas saludables.
Troya la nueva, la joven que se impone,
descombrada por viriles rayos,
es otro de tus hijos quien hoy te habla
y te lava los pies y te los besa,
deseoso de volverse tu custodia,
contra algún prócer falso,
disfrazado de bardo, plumas de golondrina.

Simón con todos

Vento a tañer la guitarra de tus venas;
no ando lejos de nadie
si estoy cerca a mí mismo.
Ahora uso este piano con tus manos;
aquí estreno mi violín con tus oídos;
templados se hallan mis timbales por tus dedos.

Bien me afino la voz con tu garganta,
con tus labios propongo nueva paz,
que haya fruta, flores y harina para todos.
Si dejas un segundo tus oficios,
sabrás que escribo como tú quisieras.

Y en las cuerdas de mi arpa nos reunimos,
porque estoy a tu lado,
aquí, junto a mí mismo.

Adán te habla

Tantos siglos se ha dicho “yo te amo”,
que tal vez hay almohadas convertidas
en islas vagando entre mareas
de ignorada amargura.
Yo te amara aun sin el querube
encendido en tus ojos.
Te amo por lo mucho que escondes en la boca
de estremecida Venus Afrodita,
o bien porque me ofrendas tu energía,
mujer de los cabellos derramados
sobre antiguo sudor,
vieja sangre y corto llanto.
Madre futura, esposa de soldado,
tú eres quien hila, cose y lava.
Yo apenas un herido que te canta.

Tecún despierta

Mi pequeña y amada, mi profunda tierra,
joven como a tus ojos gusto,
como a tu cuerpo encanto,
ahora soy como el viento:
no me ves pero me sientes.
Mi lengua se quita sus noches de encima
por ver lo que te aqueja y es cuanto me duele.
Amor de pedernal sincero
que te callas, que no me dices nada,
me llena de vergüenza ser ceniza,
estar vivo y verte nuevamente sola.
Inútil fue venirme del templo soterrado,
con todas mis montañas a la espalda,
levantarme temprano y volver con mis guerreros,
para guiarte en un combate que nunca
nunca tuvo campo ni trinchera.
Sin embargo este cielo es nuestro cielo,
múltiple rosa que nunca se marchita,
reflexiono. Te alzo entre mis brazos
y me siento a esperar otra alborada.

El norte a Claudia

Te recuerdo siempre
al verme entre vitrinas,
contemplar mil juguetes
y sentir que ignoro
con cuáles te vería más alegre,
corriendo de la sala al dormitorio,
ay, pajarita.
Las campanas repiten que las Pascuas
vuelven con el nuevo ramo
de sus ternuras nuevas
y con la misma estrella de milenario brillo,
para hablarnos de paz,
de una paz extraviada por los hombres
de oscuro corazón,
mi pajarita.

Y no sé si comprarte una pelota
o bien una muñeca
de mejillas frutales,
que al enseñar la lengua
y al apagar los ojos,
quisiera tener vida
como tú, mi pajarita.
Aparte mis obsequios,
tú sabrás algún día con qué ruegos,
cada año, la Navidad presente,
yo anhelé que cambiara
este ya largo malestar del mundo,
para evitarte, hija, un sinfín de dolores,
porque no hay jaula buena,
mi implume pajarita.

Abel y tú

Plantado en anónimo terruño,
no sé si cantan por mí, bajo su herida
los hombres serios de todos los países.
Pero yo sí, seguro, aquí canto por ellos
y en su nombre digo lo más claro de un vivo,
lo que calla y guarda
en la caja de su pecho,
cuanto no dice de su paz o de su furia,
de su bien o malestar profundo.
Por ellos digo que al cortarme la voz
a golpes de haca, quiero ser una mata
de café o bananos, darme en racimos como balas.
Y si un clavo me ponen en los ojos,
quiero ser ese toro que en la arena
sangra mucho por los golpes de su pueblo.
Porque conozco a quienes no dijeron nada
y muertos por la espalda merece una estatua.

Luis y el apellido

El apellido es un poco de la historia
y al mismo tiempo es entrañable herencia,
puede ser un baldón si no un orgullo.
En cambio el nombre, el simple nombre
musical o austero, común o rebuscado,
es la nueva semilla muchas veces
o bien el terco filo de un arado.
Mi apellido ya era cuando vine
sin saber quién era, ni saber de mi padre.
Y cuando tú lloraste ya fue con apellido.
Lo valioso es venir si se nos llama,
como la flor responde cuando se la nombra
y el naranjo se enciende
si de naranjas se habla.
Deja que el perro sea perro,
mas nunca olvides que eres hombre
y entre hombres vives y mueres entre hombres.

Bolívar y su vuelo

El hombre vive lleno de fiestas obligadas,
no ha faltado quien bese pies ajenos,
rito y mito de once mil banderas,
pero entre tantos sucios quedan limpios
para leer de nuevo la pauta de Bolívar,
cumbre de calcio fecundo,
altura de corazón inigualada.
Bolívar es el lúcido alfarero
que así cultiva lirios como trabajadores;
de entraña matinal, su esperanza es constante;
es un reloj despertador de fábricas y campos,
de músculos y mentes,
angélica fanfarria de luz en cada día.
De sol convertido en niño
pasó a ser un relámpago benigno,
lucha, flor y canción del suelo americano.

Bolívar es en sí un gran pueblo
de infancia valiente,
razón de toda patria en perenne mañana,
consuelo del norte y consuelo del sur,
fulgor sin poniente hacia el bien orientado.
Recordarlo no es cuestión de besar la bandera,
no es cuestión de licor ni desfiles,
pero sí de tomarnos las manos,
de vestir las mujeres sus blusas rosadas,
de que el niño agite los verdes pañuelos
bordados por manos abuelas.
Es cuestión de empuñar el celeste estandarte
del alba y empuñar un fusil o un lirio,
un lirio mejor que una espada maligna.
Pero nunca matarse entre hermanos,

que solamente se rata de no ser esclavos
del miedo, de la falta de pan y de libros.
Bolívar está vivo y sufre
de vernos tan niños y mal aplicados.

Romeo y tu pena

No podemos, fácilmente, olvidar lo que nos une:
la perdida flor de cierto día,
no desear ver en tus brazos, aquel año,
el fruto ya inflamado en tu corteza
con la llama de mi sangre.
Te has ido y ya no puedo, ciertas noches,
solo, dormir sin ti, la preciosa
que podía darme celos con un simple adjetivo.
¡Ay gardenia que te fugas
tras apócrifos rubíes, por tu ausencia
vuelvo al cuarto, abro los ojos
y siento las resinas de un temprano ataúd!

Hamlet en tinieblas

Aclárame este cielo
mano mía: tú que me bañas, me nutres
y me escribes. Tú la moldeada
por millones de años,
el mejor trofeo de los caos.
Tú, la primera en ser y venir,
agilidad, pasión o movimiento,
para destruir y reconstruir la vida;
tú la que inventas a diario
nuevos signos y orientas la mirada;
la que empuña banderas y fusiles
y niños y gladiolos.
Aclárame este cielo ensangrentado
por tantos latigazos, tantas guerras y partos
a deshora, que me secan el pecho
y quieren convertirle en uva triturada,
escondiéndome el sol y sus saludos.

Mano que me rellena de tabaco la boca,
que me haces disgustarme con el vino,
pelear con el sastre de los militares,
que me estrangulas sin gemir siquiera.
Mano amiga y materna, mano
de innumerables dedos infernales
o angélicos, que cocinas y zurces calcetines,
que limpias las heridas gangrenadas,
mano, ¡ven, yo te llamo!

Bondad

Buena es la vida si me miras,
buena cuando me besas
la humedad de la frente,
buena si con tus cabellos
despuntas las espinas
de mis ya larga y deprimente furia.

Laguna

El amor es laguna
que alimenta peces, tulípanes,
algas, ceibas, lagartos. . .
Agua que se evapora
y vuelve con ternura,
contrita del riesgo, a reintegrarse;
pero de tanto amar,
tarde o temprano,
gimen las venas y el corazón se rompe.

Pedro y su alimento

No lo que miro, ni lo que como, ni lo que bebo:
es tu calor quien me mantiene.
Ni lo que leo, ni lo que pienso, ni lo que hablo:
es tu mirada la que me habita.
No son los frutos de algún mercado,
ni las palomas de las plazuelas.
Para qué hablar de aviones – buitres
que han descarnado tantas ciudades.
No es la visión de la miseria entre los niños:
ahora es tu candor quien me conmueve.

Mario en el plata

Estoy cerca del mar y he perdido las velas,
yo el que nació entre volcanes,
entre ríos y lagos, terremotos y orquídeas;
entre látigos y ovejas, puntapiés y nardos;
puños dormidos y alaridos inútiles.
Y a ratos, como quien sonrío tristemente,
albas fugaces, libertad, pájaros y decoro.
Estoy cerca del mar y no me duermo,
pienso hacerme una vela con mi camisa.
¿Cómo no darle síncope a la tierra?
Quieren bramar las nubes,
hincha la mar su pecho
y tras el mío un animal patea.
¡Déjame que escriba la palabra nostalgia!

Agustín en la tarde

También él lleva tu flama vespertina
y te sabe de indígena resuello,
para cantar entre tus surcos ardorosos,
valle del estoicismo,
repudio de alaridos,
razón de mis deseos primigenios.
Él como yo te siente en las costillas,
enjaula en ellas tu lunar jilguero,
por verte surgir
de un mal otoño,
patrona virgen, pese a tanto parto,
pimienta en mis pestañas escondida.

Fabián con ella

Llámalas como quieras, más dulcemente,
con amor y te responde.
Ella es un baluarte sin engaños,
el más justo nivel de mi alegría,
tu carrera de antílope
y a la vez mis desvelos.
Ella es el idilio que no tuvo ventana,
el soplo barredor de tus tinieblas,
la que convierte el sol
en reloj de oro,
los pífanos en nítidos fusiles,
un largo beso en arsenal temido,
cambiando tu indolencia en energía.
¡Anda! Entrega tu entusiasmo.

Rosa la poesía

Ahora es mi mujer la Poesía:
con ella duermo aunque después me olvide.
Muchas veces me sirve el desayuno
y vuela – mi pie alado para qué te quiero –
como si fuera esclava de alguna oficina.
Pero vuelve, fue a compras, almorzamos:
de entrada una dulce y tenaz sonrisa,
después el plato fuerte de las preocupaciones;
luego el postre de un beso entre manzanas.
Un aguardiente más, otra embriaguez de dudas,
mil palabras distintas y calientes,
el café y el reposo, la siesta de las manos.
Todo esto en silencio,
para que nadie escuche y alguien duerma;
para que nadie nos pregunte
y nadie me lo crea.

Felipe en la urbe

Qué grande la ciudad y qué pesada.
Yo venía del campo,
de crecer bajo flautas con alas
entre las arboledas, de mis ríos y milpas
y mis vacas de mística paciencia;
de un caserío oscuro y muy adormecido,
chato de pensamiento, con sotana guerrera.
Y la ciudad gigante me hizo tronar los huesos,
llorar, gemir hasta saber que es duro
colocarse en la nuca semejantes ciudades,
dominar su bullicio, su soledad de hormigas.
Venía de nacer y ya me arrepentía.

Lisandro y su querencia

Aquí me tienes, ábreme, ya bien,
igual de niño aunque más adulto.
Ya me ciño a tu talle
macizo de selvas,
hallo dulce la sal de tus dos mares
y me rindo a los abrazos
de pescadora espuma de tus puertos.
Olvidarte no supe. Y viví en Europa
con tu imagen radiosa
convertida en mi espejo.
Abrigado en invierno por todos tus recuerdos,
le hice nudo al corazón para guardarte
como joya invaluable
escondida en un pañuelo.

No olvidaba tus bosques y era duro
pensar que dejaran sin cabellos
tu cabeza adorable,
los eternos fenicios,
quienes hallaron mina de oro
en tu banano y en tu café de bermellón transido.
Tu retrato era bello
sobre los muros de las legaciones,
sin embrago más bella
encuentro tu persona.
Después de estar postrada tantos años,
anima verte reír bajo la lluvia, dar el tono preciso
que el Sol te ha demandado – rubia o morena –
porque eres trigo, azúcar y tabaco,
maíz o rapadura en la boca de los pobres,
seres que por amarte ahora se unen,
por no quererte esclava.

Jonás y soledad

Si hoy me hallara, en este instante,
la inocencia perdida,
al precio de olvidar cuanto se aprende,
creo que moriría, es curioso, sin saberlo.
Después de mi cultivo de costumbres,
me siento no existir sin pena ni suspiro.
Ciertos ayeres me dan en la cabeza,
ando marcado de látigos y labios;
la remembranza más niña me da de puñaladas.
Así es, Soledad, mi té oriental humeante,
que cuanto más te asientas más me gustas.
No me canso de sorberte a lentos tragos,
con los ojos más abiertos que la boca.
Yo soy el sediento y tú quien cede.

Jacinto y la danza

Negra de aquí, negra de allá, negra
por fuera, rubia por dentro, rubia
y dueña de valiosos minerales,
mujer de entrañas como el pan de buenas.
con esa danza en que me traes,
azucena, el tiempo se me hace una marea
de espumas prodigiosas;
reverdezco a mil kilómetros por hora;
me uno al huracán de tus temblores,
mi vida es embriaguez que nunca estalla.

Luto de manuel

Imagino, ahora, mi madre ha de estar triste,
como rosal podado
con sierra hasta el ombligo;
triste como el buen vino al cual mezclaron agua,
agria como la leche rociada con limón.
Porque mi madre es vino,
leche y vino, leche que embriaga,
vino que alimenta: montaña de maíz.
Manuel, hermano mío,
carcaj de nuevas flechas,
si tu madre está triste, no le mires los ojos,
déjala que suspire o bien que se atormente.
Ya se le pasará esa tristeza inútil,
tanta lágrima en vano,
tanto silencio herido
y buscará la forma de hacerse de otros hijos
como tú, como yo, como tú, como yo.

En cuanto a mí, te digo,
no soy el buen ejemplo,
quiero que puedas superarme en mucho.
Ya sé que tú estas preso
y yo ando desterrado;
tú cuentas un espacio de dos metros redondos
y yo cuento kilómetros cuadrados.
Para qué tanto luto si ya está negra el alma
y por qué consolarte con una breve carta.
Si te llevé en mis hombros cuando eras un niño,
bueno es que aprendas hoy
con tus propias espaldas,
a llevar, a sufrir, a cambiar un poco el mundo.

Orfeo y el canto

Si caes en la red de la algazara
y sientes que de júbilos el pecho te desborda,
que el hígado gozoso – sobre el vientre vacío –
no cabe y forcejea entre su jaula,
pese a todo: debes cantar. . .

Al sentir que es domingo siendo lunes,
porque la poesía recorre tu país
y es horizonte, mujer, manzana, flordelís o ave,
ponte en pie sin dudarlo: hay que cantar. . .
Pero que tu laringe tenga voz de enamorado
gustoso de vivir.

Porque el mundo necesita de tu canto,
sucesor armonioso de voces enterradas.

Narciso sin espejo

Tierna abeja sin colmena o paloma
sin palomar, desosiego, fuego, pena,
balda prima del mar:
a ti me debo. Me debo al pan y al vino,
al negro pan y al fuerte vino y a ti
coral de sol, linfa creciente,
pecho en oleaje perenne, techo
que me defiende en la borrasca;
pupila de ver hondo, mano
para el trabajo duro, inacabable,
que es tejer la armonía entre una flor,
una bestia, las aves y el hombre.
Me debo a ti, mi brasa es tuya,
su fuego ha sido la raíz primera
del ser que tú eres: creciente submarina,
alimento del alma cuando duerme.

Llamada de Aníbal

Abre: yo soy quien desde anoche oprime
el timbre de todos tus volcanes.
De geografía universal cansado,
quiero el moderno mapa de tu fisonomía,
tus rodillas de dórico atractivo,
para hablar de tu imagen siendo comprensible
ajeno a laberintos gongorinos.

Abre: quiero tu tibia oreja de riscos y corales,
tus ojos inquietantes, inventores del alba.
Ya no te quiero hundida en cálculos caldeos,
el alma encadenada a signos zodiacales,
mientras en bandada, los vampiros
acechan tras tus sueños. . .

Abre madre, tierra abuela, a este nieto
que de tus ruinas y estelas ha venido
para unirse a la acción de tus orfebres.
Quiero pulir los jades de tus lagos,
denunciarte el canto de las sirenas,
sentir que me levanto entre banderas,
contra nuevas pizarras, cortesés y alvarados,
para que siempre tengas honrosos buenos días.

Tomás o el progreso

Progresas el hombre, sí, se agrandan las ciudades,
no hay mes ni día ni año que no surja
otra casa más alta y más sin fondo.
Adiós nuestros jardines, las jaulas con canario,
los raudales de sol, los limoneros
tahúres que en el patio jugaban muchos oros.
Los edificios quieren mamarle el pecho a las nubes,
olfatear el sudor de los luceros.
Pero qué bajas y estrechas las habitaciones,
estrechas como la frente y el pecho de los dueños.
Progres el hombre. Lo sé yo que deambulo
ahora, descubriendo mil cosas inauditas,
como la fruta agridulce del exilio
que de noche y de día con cáscara se come.
Progreso yo el alumno aprovechado,
si eso es halar solo, odrmir vestido
“por las dudas” ... Y darse siempre el gusto
de pulir sus disgustos y responder afable.

Remigio paternal

Dime si por hallazgo, mi ventura,
ya despierta la niña que sumida
yo dejé en tierno sueño,
cuando hice mi maleta y me fui de puntillas;
aquella que el domingo se decía mi novia
y toda la semana me llamaba esposo;
la misma por quien supe qué delicia
cobijó la enramada de tu frente,
qué aroma de azahares nos traía la lechera del alba;

cómo se hacía lágrimas la lluvia y tu alegría,
humedeciendo el raso de tu piel.

Dime, sí, que ha despertado
y crecida no reza ni se ocupa
de las cursis “sociales” en la prensa;
que lleva el cielo en la tez y los cabellos
y no teme al infierno de su sexo.

Dime que pone suave los paltos en la mesa,
que va al cine si es bueno
y por la noche lee, si no repara
mis longevas camisas.

Dime, Arena, dime, si por azar ha vuelto
y sentada a la orilla de mi cama,
otra vez leyó a Whitman
o bien al gigantesco Maiakovski.

Dime si llega y añora mis noticias,
ya que todas las cartas, las tuyas y las mías,
jamás fueron certeras,
locas fueron, gaviotas, en buscar su destino.

Cosas de marco-polo

Cuando ya sé de memoria una ciudad, la dejo.

La memoria es quietud,
pura ilusión de movimiento, negación de viaje
o bien otro espejismo de la eternidad.

Nuestra memoria es pena
y a la vez quiere ser insólita alegría,
pero de ahí no pasa, porque no existe sola,
se alimenta día y noche del recuerdo.

Por eso la repudio y recrimino,
la detesto en la medida que habita mi cabeza,
sonando su llavero de innúmeras presencias.

No, memoria no, quiero cosas presentes,
rostro y manos tangibles,
como quien dice tu calor sin mengua,
tu voz que suena a un perpetuo invento.
El hecho solo de decir “ayer” me mata,
algo que sin saberlo, sirva de consuelo,
a todos tristemente nos sucede.
Para jamás perder, Aurora,
que nadie, nunca, te sepa de memoria.

Dafnis el mudo

El mudo, por decir que ama
el corazón se toca, el pobre mudo,
cierra los ojos para decir te sueño.
Se diría que sin hambre ni sed,
con tu lírica presencia se conforma.
Pero, Alcira, es terrible
saber lo que no dice quien se calla
y silencio guarda al comprenderlo
todo, como el mudo, dulzor en agonía.

Rubén y su hija

Perdona si por nítido y sincero
te digo estoy tranquilo,
sintiendo que respiro
a tu lado el mismo aire.
Ya soy el nubarrón que se convierte en vela,

seguro de que apenas es el sueño
nocturno y necesario, la frontera elevada
entre mi mano débil y el nardo
de tu imagen, hecha para brillar,
inédita belleza de lejana estrella.
Gisela, mi blanca niña,
alta y cejjunta, férvida rama
del árbol que yo era, antes de hacerme selva,
hoy he podido despegar los párpados
y de nuevo saber cómo aleteas
convertida en alondra o brisa de nostalgia,
sobre la húmeda ribera de mis cartas.
Distante me hallo de tu fértil crecimiento
y no deja de dolerme que, como a todo el mundo,
aparte las lecciones del colegio,
te deban ilustrar tus sinsabores.

Cáin el indeciso

Dos hermanas se riñen por tenerme:
la penumbra de ciertos días del estío
y la alegría interior de ciertas noches áureas.
La penumbra se cansa de ser cuervo
y la alegría no descansa de ser mi rui señor.
No sabría a quién darme más de lleno:
la penumbra es la paz de algún recuerdo;
la alegría es olvido pasajero; cruel olvido.

Apego a uruguay

Yo no me voy de aquí ni por un reino;
me gustas como eres – a ratos muy morena
pero siempre rubia – brasa núbil,
alba mía, transfusión de sangre,
flor de diadema deshojada en tardes.
Siervo soy de tu voz, tu risa y tu paciencia,
tú eres la mi hermosura desposada,
la tilde más sonora de mi vida.
Aire puro, mi aire, mi algodón de alivios,
imagen hecha por Leonardo al dedo,
por sentirte como eres, clara y sutil,
me defendiendo todo el tiempo a dentelladas,
ignoro los cafés y sus rumores,
camino calle arriba viendo al cielo.
Estos son los decires de mi anhelo,
tierra-gaviota de encumbrado sino
que si me miras, quiero que me vivas.
Ya no me duele nada y soy un haz de nervios
para el volcán oculto de tus ansiedades.

El Cursi Orlando

Arroz: granizo de la tarde,
dientes al aire, aguacero de perlas,
Ivette ¿por dónde andan tus sabios ojos vacunos?
Por ti hoy la memoria me bota por los poros
y hace una armadura maciza
de estos días sin cabello rubio,
sin cabeza en llamas ni velluda amapola.
Morena, milagro de la alquimia, oro

que alguna noche se creyó carbón,
siendo del alba abreviatura fina.
Hembra sin fin por quien aliso dudas,
por no decir arrugas y convierto en peine
cualquier golpe, el buen tiempo y el malo.

Gustos de otelo

La gramática me gusta, no lo niego,
por sus cálidos pronombres posesivos.
Me gusta porque es grato decir esta es mi casa;
porque me gusta decir que eres mi amada,
creer que soy el hombre que no olvidas;
porque bordo en tu piel mi nombre
con caricias, bajo el alero dulce de la aurora.
Ando lleno de simples sustantivos
y me gusta sentirme así, callado,
dejar que tú me tomes, sin palabras,
como quien toma un libro extraño y nuevo,
para leer un cuento que sólo habla de vida,
de bondad, abundancia y ternura;
de todo lo que cuida mi boca
si te veo, te palpo y te hallo el nudo.

Me gusta porque amo ser sonido,
ser el despertador del mediodía,
cuando llega el domingo y el reposo
nos viene a la medida de todos nuestros sueños;
luego soy un violín insospechado,
merced a que mis nervios se tiemplan a tu antojo
cuando me tocas y oyes que estoy vivo.
Me gusta la gramática, te digo,
porque el yo no está en mí como egoísmo,

sino es una nota musical de agudo canto
para quien sepa el solfeo del sol
y me encuentre el espejo de la primavera.
Tú sabes que hay silencios fraternales
en este reír mío, en esta honda mirada.

Réplica de bruto

¡Ay amigo!, tú no sabes lo que es tener mirada fresca
y ver aquí una mesa de metal sombrío,
dos sillas de caoba coloniales,
un par de platos en la misma mesa.
Ver dos vasos de inocente cristal
y llenar sólo uno de agua temblorosa
como mi mano, como la tuya, como la mano
de un dipsómano cansado de comida.
Ver caer las hojas de algún árbol
sin amparo, bajo célibe soy y absurda lluvia;
escuchar que llueve, escuchar que alguien habla,
ríe y es feliz, masticando sin sentido
papas fritas. Y beber de un licor fuerte
que no te sabe a nada. ¡Ay amigo!
Enamórate un siglo y deja que tu mujer se ausente
días, semanas, meses y después me cuentas.

Amor de Jaime

Esto sí que tiene la tez fea:
escóndete mi amor que yo te veo.
Mucho hay para llorar, pero, no llores.
¡Imagínate, balas en vez de flores!
El hombre es fraternal en su alegría,
bastante criminal en su amargura.
Te quisiera a su lado
si siente que agoniza;
de lo contrario: ¡pide tu cabeza!

Laura y tu memoria

Pantera mía, mi sincera amante,
mi mal acostumbrado tiburón,
desde ayer que llovió me palpita
entre las cejas, airoso,
este nuevo poema, propio
de una lámpara y sus reminiscencias,
añinado calor de ya extinta vida.
Mi amor: ¿cómo te explicas el vaivén del agua,
si no es por recordarnos lo que somos?
Hoy, verbigracia, tú andas sola,
abeja que trabaja entre espinas y azahares;
yo ando lejos y en mí renace
como un perfume tu nombre.
Tú has de correr a verte en el espejo
donde me rasuraba, para luego
tomar mis manuscritos, mis pañuelos
y enseguida ponerte a dudar.

Yo en cambio busco, intranquilo,
tu aliento y tu mirada entre las páginas
con que le abre el corazón al mundo Baudelaire.

Bernardo y el perro

Recuerdo que de niño
tuve un perro, Tulipán se llamaba
y era de Terranova.
Qué centinela para mis pétreos sueños,
el cuidador de mi pan y mi leche.
Hubo un incendio en casa
y me salvó del fuego.
Más tarde en el río me enseñó a nadar;
me enseñó muchas cosas que hoy comprendo
y a velar. ¿Veis? No ladro.
Pero dejadme en paz.
A mí como a mi perro me gustan los rebaños,
pero ¡quién es el que no tiene
en su propio corazón al más leal compañero!

Inés el colegial

En la escuela me hablan de Martí,
pero anteponen el duelo a sus destellos,
casi me dicen que es malo ser como él.
Me hablan del Nuevo Mundo,
subrayando que es el suelo donde vivo,
pero yo tengo hambre y apenas

puedo digerir la palabra desayuno.
Me enseñan que nuestro himno es muy hermoso
y besar la bandera da calor,
pero llega el invierno y por el frío
resucito algún saco del abuelo.
No puedo andar descalzo sin ser un despreciado,
el profesor me gruñe por sucio
si no por mal vestido.
No estoy seguro de ganar este año,
me enfermé siete veces,
mientras mi pobre madre, sin trabajo,
se ponía a insultar a Medio Mundo...

Versos de calixto

Pastorcita de barro de la Nochebuena,
amorosa arcilla lejana,
eres, lo sé, chiquitita
como una madreperla convertida en nación,
Pero ya peinas siglos de ser una centella
entre crecido oleaje
de fértiles montañas.
Eres, lo sé, diminuta
brújula de mis pasos entre bravos volcanes
que velan por tu nombre.
Sí, mi guerrera, la nunca maniatada,
la que encierra en sus frutos
matinal dinamita,
trino futuro que se esconde en tu milpa.
Por eso digo hembra por decir esperanza,
digo pena por ti, digo dulzura,
como decir pasión por decir tierra,
igual que un eterno rodrigo-de-triana.

Ovidio en el sur

Yo sé qué semanas se sienten burladas,
porque noche va y aurora viene
y no me entra la vejez, no me entra;
por lo mismo a ti corro,
camino al paso de la primavera,
en tren, por arboledas
que a su menor susurro
hermanan mis suspiros.
Vuelo como un mensaje, vuelo
conciso y anhelante.
Espérame te digo y tú me esperas
y yo dejo esta ciudad, babélica
tristeza entre barajas,
donde se sufre si no se anda de amor
vestido y bien acompañado.

A mi dulce nada

Novia de la infancia,
perenne amante oculta,
futura esposa mía:
veo mis manos ágiles,
me toco las mejillas
y siento que son tuyas.
Manzana blanca,
polar de tan helada,
esto pasa en la noche
cuando en ti pienso,
sin desear ni temer
que vengas y me beses.

La voz de Rodrigo

Montaña que columpias tanto arrullo,
madre, aquí me dobla en cuatro el frío,
no puedo hacer de tu memoria abrigo
y te sueño golpeada,
conmigo muy adentro.
Postal de edén cambiada por brutal delirio,
aquí me tienes, como antes en tu vientre,
solo, sorprendido de mi forma fetal,
acompañado apenas
por una humilde mosca,
bailarina, partícipe innegable de mi vida.
Ella es testigo de que aún respiro
y por eso respeto sus temores,
comprendo los afanes de su gracia,
ajejan a los peligros de mi puño.

Decididamente es el invierno,
madre, el que más nos acerca a las verdades,
cuando aviva los diálogos inertes.
Por eso ahora insomne
como un niño, no me duermo,
pienso en ti, te escribo,
golondrina es mi mente rodeada de estos muros.
Soy más que un leño de tu digan lumbre
si no granizo de tu vieja escarcha.

Sansón sin Dalila

Cómo cuesta gotear cuando no hay ganas,
lágrima impune
que ni dices vengo, ni saludas.
Cómo duele estar triste
sin quererlo y ser víctima impensada
de tu inútil calvario.
Esperar con la noche y que no vengas,
transformarse en espanto
entre el íntimo blancor de nuestras sábanas.
Ayer tu no venir
me convirtió en aguja y en morfina,
hasta alcanzar la extraña
e inefable oscuridad interna de mi cuerpo.
desgarrando mi carne
a cortos gajos,
alcance la tremenda verdad de mi esqueleto.
Sin embargo todo era
querer oír tus pasos,
sentirse vestido por tu hambrienta mirada.
Cómo cuesta llorar, cómo duele estar triste,
ser joven de nuevo sin estar a tu lado.

Réquiem para Arturo

Pintor de la pureza
nacional y primitiva,
tarde es ya para llamarte millonario.
Tuya ha sido la tierra
donde la nieve bala;
la campiña, el estío y sus tristezas;

la mar despavorida, el cielo vagabundo,
los bosques y su anónimo sepelio
de jilgueros huraños
con pena de este mundo.
Tuyo el diamante de brillos rurales,
el aire compacto como el vidrio,
tuyo, mi hermano sin escuela,
hijo de brujo maya.
Pero ya es tarde y para qué mentirte,
unirse al grave saludo de la selva,
al estertor solar bajo los pinos,
joven aparecido
de nuevas cataratas,
pastor que siempre pones flecha al arco iris
y hieres mortalmente estas tinieblas.

Anselmo piensa

A la mujer que ama y quiere un hijo,
debes darle ese gusto
con palabras de cielo despejado.
No hay tierra que no pida su cultivo
ni hembra que no estime
los oscuros vocablos de su antigua semilla.
Sólo tú quieres irte como en sueños,
silencioso, con tu sombra,
para que nadie sepa nunca más de ti,
ni tú saber jamás nada de nadie.
Mas ella quiere convertirse en memoria,
se empecina en ganarte la razón...

La mamá de Raúl

Lava que lava la madre,
lavaba nubes, angustias y ropa extraña.
Lava que lava manchas de sangre,
sombras de orines, sombras
de gente rica, viajada y culta
a su manera; lava que lava toallas,
camisas de verdugos y ajusticiados;
lavaba como la patria sobres sus ríos,
sin ganar nada y perdiendo todo.
Lava que lava errores y pesadillas,
desde hora temprana hasta que el sol,
un caramelo, atragantaba a las montañas.
Prohibido el cobro, todo era pago,
lava que lava la madre, en las cuatro esquinas,
lavaba para los criollos
y otros fenicios. Hasta que un día
ellos vendieron por listón de seda,
sus hondas fuentes, a tanto el pie,
tanto la vara, surcos y ríos.
Lava que lava la grandeza
pisoteada por ciegos y descastados.
Tal vez el esposo, sin saberlo,
al lado de otros hombres mal fundidos,
la puso arrodillada al pie de un dios ajeno.
Lava que lava sin tener más hijos.

A tina trigo

Los bajos golpes de algún desconocido,
la hicieron olvidarse de mi talla.
Olvidó mi calor,
mi estirpe de canela,
mi darme todo hasta la queja,
con alta jerarquía de indócil animal.
Pero lleva indeleble
mi fierro en la cadera,
sabe que guardo su fuego amordazado.
Por eso con la lluvia
retorna a mis aleros,
haciendo incompatibles el llanto y el furor.
Ya pueden caer rayos,
huir despavoridos mis ganados,
que abunda el agua afuera
como adentro la leche.

Aquiles y sus cuentas

Yo dejé lanza y aureola,
tú dejarás anillos y camisas,
el perenne reloj, los cansados zapatos,
para volver desnudo,
de caliente frío.
Se deja cierta algazara
convertida en familiares lloros,
con los anteojos y la cuenta en el banco.
Luego los pantalones, muy borrachos,
soñarán con dormir en el ropero;
el saco al menos se irá al campo

a proteger las siembras sobre un espantapájaros.
Te gustaba la nieve y ahora eso eres,
amabas el sueño y el sueño
ya te tiene sin sentido
y sin alergia al polvo,
porque ahora el polvo va a la sangre.
Qué temprano viniste a la corrida de todos.

Y has dejado casa, ciudad, aviones,
paciencia y cólera, amor, trenes y desamores,
al lado de los frascos de perfume,
cerca a la toalla (obsequio de cumpleaños)
superior a las pasiones
para saber de todas tus intimidades.
Yo me fui un día sin decirlo a nadie,
sin un saludo, sin un solar buenas tardes,
y ahora tú te ausentas sin sombrero,
sin bastón ni pañuelos ni vergüenza,
lo más quieto posible
y muy sincero y respetuoso, claro.
Aquí estás, ahí vienes, allá vas,
molécula ignorante que corre a disgregarse
por llenar otros moldes más perfectos.
Y algo llevas de alivio,
o mucho de venganza.
Porque al irse uno sin explicaciones,
vecinos, jueces y cobradores
encienden cigarrillos de remordimiento.
Y nadie, nadie es ya capaz
de atribuir a nuestra frente sus pecados,
nadie es capaz de hacerte daño.
Alguien te enlaza las manos
o te cubre los ojos, sin sentirse asesino.
Después viene algún pobre
a pedir aquel traje con que más le gustabas
y no se le da nada;

porque abunda parientes precavidos
y a la vuelta hay un monte-de-piedad.

Cosas del ruedo y la corrida de todos.
¿A quién no se le va el tiempo
comentando delitos en vez de virtudes?
Tú también creías el más puro,
manejando tu odio y tu dicerio.
Y así se va un banquero y viene otro,
un rey se va y otro lo sustituye.
Me voy yo, te vas tú, se va tu amada
con todo el mal y bien vividos.
Pero tienes amigos y ahora está de moda
un cajón de madera barnizada,
con soledad muy dentro y flores encima.

A ti Ana Venus

Amor que lo llenas todo,
las cráteras del vino,
las copas de los árboles,
la canora garganta de los niños,
no te canses, Amor, de rebalsarla,
de bañar con tu espuma
sus mejillas y entreabrirle los párpados,
para que nunca nos falte la ternura,
callada o clamorosa
el firme fulgor de su pecho.

Melchor y su saber

Yo soy ese indócil emigrante,
señor señora señorita,
este ser que a la vista es apreciable,
una especie de gato fino y manso
al cual se le permite echarse en una silla,
poner las manos en la mesa,
ensuciar el mantel,
botar una cuchara o derramar el vino;
porque apenas no paso de ser una visita,
un raro pasajero del baño y de la sala,
alguien que no podría,
para fortuna de mis anfitriones,
volver al mismo asiento.

Para animales de tal pelo e igual brinco,
se ha inventado el frío aparato del teléfono,
ya cómplice de fútiles engaños,
ya negro guardián de cien pretextos.
Al fin y al cabo nada pierde nadie
si a gato de otras tierras
se le niega el alféizar de una nueva ventana,
o la mirada fija, filial, serena,
tras pestañas que rejas le ponen al deseo.

Marea

Se me va la mañana en consolarte,
mi palabra se agota
y pierde filo.
Pero puedo cortarte las espinas,

saberte cada vez menos herida.
A mí me falta una mano,
un ojo, una mano, un pie,
si me olvido de tu imagen.
Para luchar a tu lado
basta un sorbo de café.

Diminuta balada

Tal vez sí lo pensado,
pero no lo comido, valga mi amor,
para luchar contra eso que llamamos nada,
que por igual a todos nos liquida.
La misma canción mía,
onda perdida en un tumulto de ondas,
para mí es inútil
porque nadie escucha,
aunque hable de la rosa,
la estrella o el obrero.
Dime mi amor que tú no eres el olvido
y al menos tú y yo somos capaces
de eternizar un día.

Alba la regañada

Alba por tantos años encendida,
déjame este día apagado,
vete a la torre-de-marfil de tu cocina,
mientras yo me hago el fuego de la mía.

Olvida el tiempo en que te enamoraba,
las fechas de baño diario,
las tardes de limpias uñas,
de camisa blanca y corbata rosada;
las mañanas de brillo,
locuaces, lilas, agitadas.
Alba no me hables, dame aquel mendrugo
de soledad que me guardó tu mirar.
Yo soy feliz a tu lado,
sin más que este silencio,
lejos del ruido de triunfos y medallas.

Agonía del lunes

Quiero llenar contigo mis domingos,
como quien llena un vaso
de buen vino y acabar con los lunes.
Flor-de-risa que sabes embriagar mi semana
de acelerados y tortuosos ritmos,
tú sabes lo que quiero, demasiado equino
para ser un hombre; tú sabes
por qué repito sin cesar tu nombre.
Y si no lleno contigo mis domingos
de velero que soy
al mar me vuelvo.
Matar los otros días es muy fácil,
yo he matado millares sin saberlo.
Y ahora de hombre adulto
he aprendido que matar cualquier día
es suicidarse con un veneno fino
y lento, como el vaso que pido
a tu aliento llenarme y no me llenas.

Cástulo el centinela

Aunque es molesto y algo tiene de espina,
yo prefiero esperar y no ser esperado.
Esperar a la que dice ser doncella,
esperar el peligro o la bonanza,
por la lluvia esperar y por el fuego.
Esperar la comida o el hambre,
la sed, el ansia, la salud, la fuerza
con que se ríe y se tiene el mirar anhelante.
Pero dime, mi frágil Melibea,
¿en sí la vida no es constante espera?

Elvira lejana

Labios y miel y pan chilenos
sin policía atrás
ni voz de esclavo,
este afán me come
de recorrer las calles
y pregonar lo que amo,
cordillera de lirios legendarios,
venta de seda,
largo retazo de amor enriquecido,
dique de la maldad, mi techo.

Marcial y su sueño

Primero fue la Tierra,
manzana que se enfría
desprendida de ignota nebulosa.
Después ellos, después tú, luego yo
y quien venga detrás y repita mañana
cuanto piensas, lo que siento,
lo que haces, lo que digo.
Pero habrán muerto el temor y ciertas dudas,
todo será más sabio,
fértil, claro y simple.
El aire habrá dispuesto ya no ser huracán,
se ignorarán las furias y las guerras,
y apenas los canarios
serán nuestros banqueros;
inhumada habrá sido toda ingratitud.
Por ahora el poeta aún es cavernario,
tú habitas una cueva
y yo en un palafito.
Apenas se usa el seso, el pensamiento,
bilis es el aceite de tu antiguo motor...

Ángel en llamas

No quiero volver a equivocarme
de fósil hermandad en esta arcilla.
Quiero en cambio
aquel cielo inmovible
que ayer dieron a luz tus lince ojos
y aferrarme al mástil de tu nombre.
Anda, ven, rinde tu hermosura,

bástame con tu mano
tras esta reja de prisión infausta.
No me dejes decir,
la queja es tuya, inventa todo
cuanto sea agradable como tu presencia.
Mírame si quieres con bravura,
pero hazme brillar como un brasero
que tras fuertes golpes,
todavía en tus manos es fortuna.

Ruta de Alicia

Te declaro mi amor y te declaro
que ayer anduve en busca de tus ojos,
tus ojos que quisieron ser estrellas
para encender o apagar mi vida,
si los cierras o abres, zarza mía,
amable para todo un desterrado.
Te declaro mi amor y te declaro
que a ti llegué como un celaje adusto,
con algo de huracán arrepentido,
pero tus manos suaves y forestales
supieron transformarme en un riachuelo,
para oírme entre sauces
cantar por los peñascos.
Te declaro mi amor y te declaro
que sin ti la ciudad se volvería
azote de mis pies, de la voz y las manos;
que deseo tenerte clara y fija
entre el diario ademán de mis abrazos,
sobre el duro pedestal de mis rodillas,
bajo la sombra adusta de las cejas,
junto a mi corazón que cultiva tus gustos.

Te declaro mi amor y te declaro
que soy de hielo cuando no me miras,
o me nacen espinas en los dedos
y no flores, si te llamo y no escuchas
y te finges desleída nieve,
por temor a la vida palpitante y nueva.
Te declaro mi amor y te declaro
que sin ti muero de sed o falta de aire,
se acentúa la noche entre mis hombros,
me exige de nuevo un denso luto.
Y es que amarte es amar mi propia risa,
el único fulgor que nos demanda el mundo,
para placer del sol y sus quehaceres
o delicia de mañanas en mi ausencia.

Javier en junio

Cristal de los cariños
que no se quiebran nunca,
¿en qué vuelta, qué trago, qué paso,
he de hallar el final de mis días?
Magda, por ceñir tu cuello,
ya no puedo en las palmas
leerme mi destino;
por escuchar cómo tu cuerpo vibra,
firme y cerrado hasta el rechino,
olvido la trompeta de mi juicio final.
Y es posible que en tus días
engañosos, de pupila nublada,
de zozobra sin fin,
esté mi tarde convertida en oso,
ávida de estos huesos para su eternidad.

Oye Angélica

Yo te llamo mi amada,
que otros te llamen primavera,
pues a todos nos vienes con los brazos abiertos,
mi hada, mi diosa, mi hembra,
panacea que ahuyentas los dolores,
angélica enemiga de hospitales.
Amante buena en la mitad del lecho,
pegada al esternón del año,
tú eres el ritmo normal
de nuestras vísceras y eres
imán de la bondad,
“hasta luego” risueño con mejor regreso.
No obstante, es malo que por ti se crea
que todos cuentan con tu miel
y tu trigo, que todos son felices
en este ambiguo mundo,
donde diez dan limosna y un millón lo agradece.
¡Ay, mi voz de emigrantes esmeraldas,
lluvia parcial de jugos nutritivos!

Solo de Sol

Tú, sol nuestro de cada día,
exquisita almendra de la Prehistoria,
que has visto nacer y morir
esclavos y has visto el derrumbe
de cuantos imperios tuvieron cimiento
en el pecho de la miseria humana;
tú el poderoso fogón de la vida,
antorcha abuela de las revoluciones,

ven a pulir nuestras armas,
no olvides este pueblo, estos hombres.

Ezequiel resucita

Aquí me tienes, chispa de tu eterno incendio,
de vuelta para decirte que más fuerte
será mañana el retumbo de tu puño,
mi amorosa y tierna quetzalita,
mañana cuando aún el pino
sembrando su copa esgrimirá raíces.
Todo esto dicho con léxico de brujo,
cargado el párpado de signos estelares,
para darte la hora del último combate.
Así habla un fragmento de tu roca,
hacha de sílex que no ha de ver
cuanto verán tus nuevos hijos,
la rama del herrero y del labriego,
la rama del empleado taciturno
y algunos niños de hogar acaudalado,
de súbito voraces partidarios
de tu nombre impoluto y señorial.
Mañana ya estarán engusanados tus escribas,
los que encomiaban sólo tu traje de arco iris,
la periferia ingrata de tu viejo dolor.
Luego cada hombre, con algo renacido
de pájaro, para loar tu claridad de nuevo,
dará su voz, por mantenerte libre,
sana y altiva, señora de tu propio trono.

Tormento de Alirio

Ando que el viento me lleva
de pensativo y delgado;
vuelvo a mi casa y palpo las paredes
y pienso que la mesa donde como,
pura y simple escultura de madera,
vivirá más que yo, parece cuento,
más que este caucho, no diría carne,
comparable sin ventaja
a una fresca y matinal lechuga.
Vuelvo, repito y me amarro
cierto salvaje instinto
de salir como loco, huyendo en busca
de otras felices razones
para ser, amar y reverdecer.

Celso y su mano

Se adelgaza y afina,
si recorro las líneas de tu rostro,
esta mano que escribe
cuando habría de estar sobre el arado.
Fiesta patria, impúber campesina,
pechos redondos como girasoles,
vientre del que quisiera otro hijo bello,
plenitud del paladar acorralado.
Qué azul azul estás en mayo mi colina,
arpa de nervios y de trinos;
te degüello un cordero y no lo cree,
porque amas ser la ofrenda
de este escaso festín de nuestro enero.

Vaivén de César

Vengo equilibrado mis heridas,
vivo ahíto de hartarme sin sustento,
harto de remembranzas en los labios,
cansado de semillas infecundas,
Lleno de ori mi nombre para nada
y decir “voy” sin conmovirme,
o decir “bueno” en vez de “malo”.
Vengo enumerando ausencias bellas,
vivo que mato cuando he de ser muerto,
harto de obscuridad sin mujer dentro,
hecho un cesto de frutos repodridos,
con palabras iguales a las de todo el mundo
y preguntas sin razón alguna.
Vengo que soy la presa y al mismo tiempo
eterno cazador enamorado;
vivo por saber darme de mordiscos,
con mis mangos colgando de rameras;
muy harto de volcarme como un río
sobre las mismas olas desconocidas;
harto de darle sombra a los desiertos
y decirme en la noche: mañana
despertaré con alas de nuevo aeroplano,
mañana será domingo y yo seré un caballo
delicado de ensueños sobre la verde grama
de una piel que tostarán mis ojos.
Vengo sin que me vean los transeúntes,
inquieto de amistad incomprendida,
harto de ciegos y muy graves sorderas.
Muy harto de ser garganta en primavera,
fatigado de inútiles labores,
como la luz milenaria que duerme a mi costado.

Cándido pregunta

Mamita, dime ¿por qué papito
se durmió tan flaco
y en vez de cama le pusieron caja?
¿Es cierto que los dueños de los bancos
llevan el corazón en la barriga?
¿Quién es el que dispone que haya guerras?
Paquito dice que un volcán de tripas
dejó en la calle a toda su familia.
¿Por qué nosotros siempre andamos pobres?
¿Cómo es que dice “yo lo siento mucho”,
el hombre mofletudo
que te viene a quitar lo de mi leche?
Mamita triste, no llores,
sal mañana y cómprame un revólver
y veras si no arreglo yo estas cosas.

Gaspar y la dureza

No hay soledad más dura
que la difícil soledad de un desterrado;
por más que hace un pan de su silencio,
la harina de ese pan sabe a veneno;
pobre tal hombre si reírse quiere,
no hay quien oiga su risa
y se siente cohibido.
Con referencia al pan ya llevo abierta
como por un colmillo,
la secreta querella de mi propio ostracismo.
Y hablo de soledad

cuando es muy duro no sentirse amado,
no hallar quien ponga su confianza
en individuo de ojos bien felinos,
que “a saber quién es”, “de dónde viene”
y en vez de ser un ángel
puede ser un bandido,
un donjuán sin Inés, un pordiosero
que adorna con mentiras su pasado.

León el fusilado

Cuatro clavos sedientos
le chuparon la sangre;
mil pañuelos de lino tejidos
por palomas, recogieron su queja
pidiendo una venganza;
y un amigo de escuela, deseoso
de perdones, para colmo y ejemplo,
le dio el tiro de gracia.
La noticia tuvo alas
y abarcando la Tierra recordó a sus hermanos
que el combate seguía,
entre calles y rocas, sobre el mar
y las nubes, en mi hogar que es el tuyo.

Preguntas a Pérez

Tú que has viajado, barco, avión,
tren y muía, hecho estudios
y pensado mucho para ser “señor”;
tú que dices saber, intuir
y adivinarlo todo, dime:
¿en qué se iguala un cañón a los mosquitos,
por qué te acuestas con la pobre cocinera,
cómo por un cabello, una ceja
en tu plato de sopa de gallina,
humillas a tu esposa?
¿Por qué se justifica la prisa de una hormiga,
cómo pasados cinco hermosos días
un hombre muerto, de cualquier linaje,
apesta igual que un perro inerte?
¿En qué se funda la ira de tu abuela,
nodriza de gendarmes,
verdugos y ladrones;
por qué los pies de un rey
confunden mariposas con polillas,
si él es menos ante los cataclismos?
Tú, el supuesto novio de Miss Universo,
dime ¿por qué no mueren ciertas gentes
aparatosamente envenenadas,
de llevar bajo el chaleco y la sonrisa,
pegado al portafolios,
detrás de las medallas o la leva,
un largo kilo de tibios excrementos?
Acaríciate si quieres el ombligo
y quédate callado, efebo y manso,
tú que odias con placer al prójimo,
sin saber que te odias a ti mismo.

Deseo

Si al comer pan en mí se diera el trigo,
como se dan la voz y el pensamiento,
qué inefable grandeza
sentir sobe mi frente mil espigas
renovadas a diario
por mi afán y mis ensueños.

Vuelve esperanza

Hoy es sábado y llueve
y no sé dónde, ahora, el día
se lave sus perfiles con tus manos.
Hoy que me digo todo se halla en regla,
tú también lo has de estar.
No vienes y es como si vinieras
sabatina cuchilla, por herirme,
arrancándome el labio a dentelladas,
leona y a la vez querube,
dedos sedosos como el alhelí.
Cada sábado se vuela fruto extraño
si no llegas; se me seca
el paladar y la memoria.
Pero llueve. El diluvio trae tus excusas
y yo enfrío, doblo en dos mi dardo.

Baltasar perseguido

Porque el aire es igual en cualquier parte
y el vuelo de la alondra, no se diga,
yo lamento la suerte de los gatos
que han vivido a salto de tejados.
Pobres niños, ciegos,
fatigados, que esperaban sentir en el pelambre
los dedos de una ninfa solitaria,
y en cambio se les dio un manotazo.
Me pongo en su lugar y perseguido
consuélame el perfume de una idea:
es posible que usted y sus parientes
anden más en exilio que gatos sospechosos.
Para muchos la tierra está en las nubes,
mientras yo ando bien por el polvo,
uno y solo, de todos los países.
Deja en paz a los gatos, aduanero,
que iguales son las ventanas y la noche,
tus amigos los perros y las mesas.
Y no digo los niños, su pureza
creadora de un mundo sin fronteras.

Agonía de mayo

Cada ser que agoniza inaugura,
genera otro día mejor para el hombre.
Maldito quien no quiera
que su muerte se convierta en fontana
labriega y regadora
de entusiasmos sin fin.
Maldito. Y peor si es bueno,
si se cree tal, temerosos de hacerse

a los océanos que nutren el mañana
de niños y países aún en orfandad.

Balam el montañés

Nutrido por los verdes pezones
de una fría montaña,
me recuerdo muy niño entre praderas,
resfriándome en los ríos.
Pocos meses después – adiós limones,
adiós vaca nodriza –
ya bajo su látigo la ciudad me tenía.
A puntapiés anduve
entre pupitres,
hasta saber al menos escribir mi nombre,
el nombre de mi pueblo
y nuestro porvenir.
Ahora adulto, serio e indignado,
me pregunto por qué me digo libre
si trabajo doce horas para extraños,
ajeno a mi salud,
reñido a ratos con mi propio ensueño.
Dime Agua, dime Pan, dime Cielo,
¿por qué se nace para ser esclavo?

Herencia de Aura

Tu padre con fijar los ojos
en el tímido vientre de su esposa,
lograba ricas cosechas de cacao.
Y tú heredaste esa antigua
forma de mirar siembras mirando.
Cada pupila tuya es un milagro
abierto a la pura ley de la existencia.
Con mirar cambias feudos
en tierra repartida.
Por ti el surco vuelve a sus antiguos dueños,
los mártires de ayer, el viejo polen,
como pájaros vuelven, como heraldos,
apresurando espermas
por labrar eriales.
Todo florece en manos de los pobres.

Germán y los alimentos

Junto a la nieve o junto al copihue,
donde a nuestra anona le dicen chirimoya,
al té con pan, dulce y mantequilla,
lo llaman “once”. Y no es para sumar.
Pero yo ya no resisto:
mucho “once” y mucho abrazo
y aquí me tienes muriendo de nostalgia
estomacal. Quiero encontrar un hermano,
quiero cantar, te lo digo,
beber vino, trasnochar,
abolir de una palmada este dolor.

Ay amigo, son muchas “onces”.
Once y once veintidós,
veintidós mil ojos vacíos muriéndose sin amor.
Tres onces son treintitrés,
treinta y tres tipos orondos,
dueños de casas y bancos, rodeados de meretrices,
rectores de una justicia
que ignora las penas hondas.
Cuatro onces, cuarenta y cuatro,
son las veces que he perdido la paciencia,
porque ni aprendo a robar
y menos de hacerse rico sé la ciencia.
Qué obsesión, padre mío, por la “once”,
suena las seis de la tarde
y no hay tal seis sino once.
Pero no hay maíz con chile,
lo que aquí llaman ají.
Once y once y once y once llegan a ciento diez;
ciento diez vanas preguntas
y once desesperanzas;
ciento diez vueltas al mundo
que me han deshecho los pies;
pues “caballero” me llaman y me ven cara de “lanza”.
Nadie se olvida de la once
y nadie da el corazón;
los hombres más elegantes son máquinas de sumar.
Miento: me he hallado una rosa
y no desairo su “once”,
aunque repita que muero de nostalgia estomacal.

David te llama

Junto al descalzo nardo,
entre rostros y brazos bien fundidos,
aprendo un himno claro,
suplicio de ciertos bandoleros.
Ven conmigo a cantarlo, ciudadano,
únete a esta cordillera de intenciones,
degollemos de un tajo
tantos pesados males.
Cantemos por los días brillantes
de la noble vida que todos merecemos,
digo, por lo renuevos que desea el pueblo,
el acusado de romper cadenas,
el soberano de las mil canciones.

Ibrahim y compañía

El esbelto señor desconocido,
como cualquier rufián tenía sueños;
le gustaba reñir y el arte puro
y también el puré, para ser franco.
Soñaba con vivir lejos del pueblo,
ausente de su tribu desdichada,
de su núcleo indígena y desnudo.
Pisaba fuerte con el pie derecho
y mostraba el puño izquierdo a los incautos.
Era un soñador de ojos dudosos,
con jirones de ingenio y sangre fría,
que escondía muy bien sus peores vicios
y el de fumar apenas enseñaba.
Aspiraba a ser alguien,

aun a costas de su gente moribunda
y rubor de sus hijos y sus nietos.
No obstante, con el alba y en el baño,
la fanfarria de sus ruidos animales,
los rumores del mueble en porcelana,
le hacían recordar lo que ya era.
Ya en otoño, su sastre le ignoraba las medidas;
el doctor le halló el corazón,
su entraña de cantante o trapeceista.
Y a causa de esa leve deficiencia,
por su culpa también hubo epidemias,
hambre, muerte, alaridos, duelo,
fusilados en la ciudad y en la campiña.
Marchito y sin cariño, sus hijos,
sus propios hijos no gastaron siquiera en ataúd.
Decían que era buena nomás su bacinilla
con un letrero que le diera “paz”.
Y su esposa fue de blanco al cementerio,
escogió un mármol negro
y le hizo grabar esta leyenda:
“Aquí está el angelito que yo amaba,
que jamás se repita igual engendro”.

Max el ciego

Abuelita sonriente,
lácteo río, templo de caoba,
préstame tus anteojos de concha y laguna;
abuelo bienamado
por búfalos y garzas,
préstame tu barba de gris estalactita.
Quiero ponerme anteojos,
quiero ponerme barba,

para agregar una hoja de disparo y queja
a la historia que el liceo nos esconde.
Déjenme esta tristeza,
no se enojen si cuento a todo el mundo,
que en esta sementera
nunca sufrimos tanto como en el mes de junio.

Ildefonso el agrio

Vivir no es ser sino tratar de ser,
por eso comes, bebes,
te alimentas; luego equivocadamente
tratas de no ser, iluso,
amas, sueñas, fornicas demasiado,
duermes como un saurio;
al mismo tiempo, con dicha
te haces rico, trabajas noche y día;
eres un bello ejemplo,
según ellos, los que nunca han sido.
Te crees hombre y sin embargo,
observa, ya tienes otro rabo
y andas en cuatro patas.
Vivir, tratar de ser. ¡Qué bello!

Tú y la cordillera

Por alzar ese raro guante de nieve
que quizá fue de Helena,
aquí hecha montaña de salitre y hierba,
me acodo sin temor
sobre la sima a la que tú le tiemblas.
Yo digo que es mujer y tú, camello,
desértico animal
que si despierta, correrá ligero
por llevar a cada pueblo su consuelo.
Mejor callar, no discutir,
que vamos, sin saberlo, a horcajadas.

Daniel con su animal

Igual que el buey, el tigre o el caballo,
movemos la quijada, rechinamos los dientes,
cerramos el esfínter.
¿Verdad que sí mi amor?
Igual que perro y gato andamos vecinos,
lo mismo que lagartos o que leones.
Besamos un momento, luego nos separamos,
al diablo los afectos.
¿Verdad que sí candor?
Como el agua y el árbol, a intervalos
somos un sueño mudo, cierta paz sin sentido.
Qué placer, qué orgullo gratis,
para olvidar que eres un perenne estertor.

San-dino C.A.

Ayer al saber tu muerte me crecieron los ijares,
volví a sentirme potro
que se deja espolear por las estrellas.
Y después de ser rayo en mi galope,
romper cercas y saltar volcanes
y despertar praderas,
labriegos ríos y nubes artesanas,
aquí vengo que lo ojos
se me salen, brillantes de pasión acrecentada,
con más espumarajos que un mar enfebrecido,
para agregar mi corcel pecho
a tus grandes y nobles funerales.
Yo sé que a estas horas
los bosques de todo el mundo amasan su rocío,
para condecorar con un diamante
- piedra que ha sido lágrima infinita -
tu busto de soldado;
que los ríos dejaron a un lado sus violines de vidrio,
para trenzarse en fino listón funerario
y enlutar los astros;
que todas las ovejas de todas las colinas,
pidieron una esquila anticipada
por darte suave almohadón.
También a estas horas, así tú lo querías,
tus compañeros, los hombres,
los animales firmes y las cosas,
se reúnen en vasta y sola reflexión
de sus mismos y comunes pesares, en tu nombre.
Y al dejar a un lado los póstumos sollozos,
el mejor homenaje para tu persona
lo harán con su batalla,
sin rendirse a temores, porque todas las astas
agiten sin descanso un mismo pabellón.

Plegaria

Hay quienes quieren, con plegaria al día,
que uno muera pronto,
en medio de esta absurda cacería de hombres.
Casi no duermen de anhelarnos fríos,
fríos y tiosos
como piedra y sombra.
Yo pregunto por qué. Nadie responde.

Vejez

Siento que me envejece
la ropa vieja,
las páginas que pienso
y nunca escribo;
las corbatas de antaño
que no hallaron en mí a un condenado;
los zapatos cafés, los florentinos
que a Cellini, conmigo,
dieron su saludo.

De INERME COMO EL
OLVIDO

Invoco al héroe

Señor Tecún, anual de la nobleza,
firme racimo,
sostén de nuestra raza,
Señor que con tu nombre sonando en los oídos
de toda mi familia,
despiertas los tambores y los ayes
de todos los combates librados por el hombre,
al defender su casa,
Señor, aquí me tienes con voces hechas manos
para ceñirte el hombro
y rogar que te empines y despiertes.

Señor Tecún, muralla de obsidiana,
relámpago de leche,
volcán de fuego convertido en toro
que sacude con furia millones de astas,
para verles las tripas milenarias
a todos los funestos caballos de la Historia,
Señor, aquí te invoco deseando que revivas,
porque siempre nos eres necesario
con tu pecho de fósforo,
tus pies hechos al vuelo de las golondrinas
y los ojos de cólera hasta el borde.

Señor Tecún, dedos de miel y lava,
maestro del espasmo
que engendra estrellas por tener jaguares,
digno padre de Aquiles,
San Juan que bautizaras con flecas a Bolívar,
arráncate de nuevo con intrépido impulso
de la antigua, ya clásica, piedra esculpida
y ven, Señor, a ser cabeza de mi tribu,

porque estamos confusos
y tercios no hallamos buen camino,
se nos parte la lengua
y lamentablemente olvidamos la tuya.

Señor Tecún, patriota sobre todo,
ignorada custodia de mi pueblo
y sus inagotables veinticinco abriles,
con un río de plomo en la saliva
no sé después de siglos
cómo hablarte, si ni un himno
en la escuela aprendí” que te cante.
Pero insisto, creo en ti, Señor,
sagaz, alto, membrudo y peligroso,
creo que ya vienes y extendiendo
un débil firme brazo
en espera del premio de tu lanza.

Señor Tecún, escudo de amores matinales,
me estoy sacando de las propias vísceras
este ruego de bosque humano
condenado al incendio:
ven que se pierde el trigo,
el maíz protesta y se pudren los ríos;
ven que los huertos quieren oler a cementerio,
mis hermanos se olvidan de su voz y mi cara;
ven que ya andamos, Señor, como no haber leído,
y olvidada la risa
sin querer nos cruzamos las peores miradas,
se nos llena de cruces
y vuelve la barbarie a quemarnos los libros.

Señor Tecún, no creas,
no hay de sobra Tecunes,
escucha que te llamo con el mismo llanto

indignado de todas las ruinas de la Tierra,
con el mismo suspiro de la desesperanza,
viendo volver el hambre
y el destrozo, cabalgando en aviones,
disfrazada apenas la antigua coraza;
ya tiembla el ruiaseñor,
tiembla el limón, la orquídea,
porque ya en tu suelo, nuevamente,
se hallan los ogros del pillaje.

Señor Tecún, sostén de nuestros ganglios,
nada ha cambiado ¿sabes? Casi nada;
si mucho las cavernas
hoy cuentan quince pisos
y se tiene pudo de lo que no es vergüenza;
la torpeza duerme en cama de resortes
y en la tierra descansa la lucidez, como antes.
No pocos hasta el cuello entre basuras,
olvidan que existen las estrellas,
que existes tú, Señor, reverdecido
símbolo, mito digno del bronce,
antes que el Mío Cid,
antes que el noble y santo Don Quijote.

Señor Tecún, pirámide escondida entre las nubes
del tiempo y su maleza,
tímpano fijo al gemir de la paciencia,
estoy que ya laringe me falta para el canto,
el salmo dolorido quiere ser elegía;
debo buscar la urna, Señor,
del lago que te guarda,
seguro de no hallarte, seguro
de que has resucitado para ver felices
a los hijos de tu secreto abrazo con la selva.

Señor Tecún, varón como ninguno,
guía de caballeros como el quetzal vestidos.
Desorbitado orgasmo de espuma y cielo,
si hoy existiera Troya
o existiera Numancia,
qué de saludos tendrías a tus plantas:
te dirían domador de fauna y flora,
maremoto Señor de océanos y espadas;
porque si hago las cuentas con tu lanza,
desde una blanca Guernica
de ombligo hecho pedazos,
una Lídice igual de sofocada en sangre,
una Hiroshima en calma
quemada hasta los huesos,
y un verde Stalingrado así de mal herido,
tu primera derrota ha sido de guerrero,
¡jamás una derrota de poeta!

Mártir de primavera

Prosperas sin sentirlo, muerto mío,
mejor diría: revives por vencer y vences,
fino quiebracajete humano,
sedienta enredadera de olvidados jesusos y davices,
cirio que incendias las patas del caballo.

Revives justamente cuando falta el llanto
que esconde sus fértiles aguas,
porque apenas queda tiempo para herir
antes de ser herido, para cantar
antes de que el mal quiera cantarnos,
oscuro, a su manera,
rezarme y escupirte y enterrarme
muy católicamente asesinado.

Prosperas girasol de indómitos quehaceres,
inerte mano de feliz conquista,
porque yo te he velado,
te recojo del asfalto
y coloco tus vísceras radiantes
en el guacal celeste de nuestro bravo cielo,
guardándome tus brazos,
tu corazón y tu mirada,
perfectamente iguales a los del hijo mío,
para sembrarlos, con el alba, por los parques,
los patios de las casas
hasta ayer sin consuelo,
por las calles con huellas
de pies hechos jirones
y en la montaña donde duerme tu pasado.

Prosperas porque al margen de vulgares, dudas,
yo imagino tus aires

de claro combatiente
caído por la espalda y sin preguntas,
pronunciando el angélico nombre de tu patria,
muerto misionero por el peor salvajismo,
mientras queda la huella de tus sienas
en el pecho indolente
de los mil muertovivos,
que tiemblan bajo alcurnias ya podridas
y por eso calumnian tu tinte de geranio,
huyen a la corona de encendidos claveles.

Prosperas muerto mío
y de limón despierto
cortado a los dieciocho, a los veinte años,
te conviertes en base de una nueva galaxia,
perenne juventud
de fuego crepitante,
en soplo de ciclón para la nueva fragua,
en brasa sin descanso quemadora,
mi temeraria llama ultravioleta
que voluntariamente regala sus rubíes como espada
sabiendo que tu sangre se hace triunfo,
cuando tiembla en su légamo
la estupidez insigne
y el sol se derrite en agresivos ruisseñores.

Prosperas y por eso, nuestro día
trituyendo piedras y calvas antiguas,
ya le aguada los huesos a todos los padrastrós
y necios verdugos de tu tierra,
lejos está de convertirse en lloro,
en inútil lamento, en pésame sin ganas,
en moneda de cobre
para un nuevo sepelio,
y en vez de ello nos llega pajarero
como tú, con tus brazos de febo en Salamina,

en esta “isla rodeada de tierra”,
hijo mío, mi muerto, por quien el llanto
se convierte en fija antorcha.

Prosperas niño, punzada de dolor
que me hace estoico,
lágrima, lava por dentro,
cauterio de mis lacras,
perdón para mis faltas no pensadas,
advertencia para tristes asesinos
que a la par de los buitres
no disciernen entre la luz de tu alto firmamento
y el lodo religioso
en que arrullan su vientre.

Oh joven hoy sin cuerpo,
heroico infante,
haz de jacintos, nardos y emilios,
mata de julios,
hortensias y felipes:
no has sido en vano la víctima inmolada.

Mi nación es mi azucena

Quiero ponerte un nombre: te llamaré Azucena,
criatura de mis nítidos desvelos
hembra criolla, digna madre de Platero,
ojos de agua de lago,
cascos de tungsteno,
milagro de soledad y resistencia,
bestia amorosa
cuyo aliento aclamo
para el futuro de mis descendientes.

Azucena, belfo de fuego de un alba mesozoica,
aguamarina intacta
de una posible Atlántida:
entre el Norte -donde todo contra ti se confabula-
y el Sur, que es potro de tu misma rienda,
tus tempranos relinchos
suenan a tempestades,
son como lanzas de oro tus rebeldías de clorofila erguida,
sobre la nuca de los cocoteros,
al pie de tu natura, crin de selvas,
indómita esperanza,
carrera de ansiedad incomprendida.

Pego los párpados y veo quién te jinetea,
leo apellidos para hacer memoria
y, cómo me horroriza
el hallar que no cambias ni de freno,
que las mismas espuelas
te sangran los ijares
y no puedes hablar, ni protestar ni nada,
sino comer tu mismo pasto seco,
el maíz con gorgojo

que dejan los piratas,
sembrando cordilleras de boñiga.

Azucena mi flor, mi maternal aroma,
qué inyectada amanece esta pupila
hija de tu mirada,
cuánta escarcha me quiebra las pestañas,
sintiéndome unigénito
entre tu mar de hijastros,
mientras cuento los años que llevas de ictericia,
los años que te faltan para dar
con tu aurora, siguiendo de rodillas,
mientras noche con noche hay un jolgorio
de buitres en asedio
por tu cuerpo vibrante,
imposible en la doma, sin destino de muerte.

Platero, ilusión, asno de maravilla,
bien cada mañana
a verte desde él frente
-no lo olvide- ahí” desde la cerca
de los rayos solares,
desde el pecho incansable y aguerrido
de los pocos vigías que defienden tu efigie,
Azucena en dolor
de un parto con destino,
uncida a un cabestro, robada a la alegría.

Ya ni saben lo que hacen estos jinetes ebrios
que á diario se disputan el fieltro
de tus lomos, esos jayanes dueños
de equitación sin maestría,
y en vez de mil dulzuras te dicen improperios,
te codean, te acosan
y-te hostigan el cuello,
se paran en tu grupa y dicen sus discursos,

se hacen zona fanfarrias
y adular como siempre,
creyendo que tú eres... lo que nunca has sido
ni serás, mi Azucena,
consuelo de mi vos y mi desvelo,
mar de miel rumorosa
que controlas tu aliento,
paloma entre las garras de nuevo apocalipsis.

Imagen del siglo xx

El hombre nace ciego,
atónito y sombrío,
sin querer ni saberlo;
crece aún poco para su desgracia;
se reproduce mucho
como un antigua pez,
un milenario musgo,
instintiva e infructuosamente
y por fortuna para el aire,
sin quererlo, muere.

Nace para durar, en sí, lo que un soleado día,
como pestaña débil,
al mismo tiempo que una gota de agua,
un grano de maíz,
pimienta, arroz o trigo;
parecido al relámpago atrevido
de una simple luciérnaga
entre su propia noche.

El hombre nace, crece, se reproduce y mata
enterrando en los otros su tibio
y sustituible corazón morado,
bajo un sinfín de etiquetas,
borracho de esplendor
falso como el olvido
que le brinda el tabaco, el sopor del vino,
el grito de un nuevo niño,
la voz intemporal de los amores
que van del perro al amo,
del esclavo a su amada,
del patrón al mendigo,
de un mínimo beso a una larga tragedia.

Apenas es un día,
un dedazo de aurora
-qué penoso- el hombre vivo
y al morir queda en huesos,
en vez de, al terminar sus horas,
poder evaporarse frente a sus amigos,
mago bien devorado por su propia magia,
en diez minutos justos,
como el gas más sutil
y mortal de nuestra era.

María pudo haber tenido quintillizos
en vez de un solo niño,
mas, de esa bella manera
o de la otra, con sus cinco estrellas,
nada habría cambiado:
cuestión sería de ordenar más clavos,
comprarse cinco cruces,
multiplicar olivos,
bancos y altares,
acrecentar la suma de las magdalenas,
fabricar otras jarras
de estival vinagre,
inventarse otros lábaros,
pagar otros judas y longines.

El hombre sigue ciego
atónito y sombrío,
con sus antojos de bandera blanca,
cultivando su polvo, su estallido,
sin querer ni saberlo,
si más sudario que su piel
ni más consuelo que su propio
tenebroso egoísmo,
pese a sus laureles de poeta
y a su mano de apóstol

y su brazo de verdugo entorchado, pese a la música y sus paisajes,
a la invención tena del arte;
todo porque duerme mucho más de la cuenta,”
horizontal, de pie, sentado
sobre tantos manuales de sabiduría,
como lo quiere, diez, el cielo,
sin alas ni superaciones.

Ah máquina de cóleras,
hombre de ayer, hoy y mañana,
peón de la pesadumbre,
satánico labriego sembrador del odio,
enemigo del hombre del futuro,
yo te siento y te veo profundamente
-perdona- como un día,
puro azafrán con tu sonrisa de ámbar,
disfrazado de jaguar sonriente,
de paloma sin par,
de cardo echando rosas a montones,
de río con el mar
en sus cortas entrañas,
boceando con la luna y los luceros;
me baño cada noche en tu agonía
y compruebo que, duro como piedra,
apenas cuando son tus funerales
principias a entender la redondez del mundo.

Por eso ya me apiado
de mí mismo, de tu ancha insensatez,
ajena al propósito del nardo,
deseoso de saber que ya supieras,
con tus débiles pies
en un futuro siglo,
cuál ha sido el oficio de la espina
junto al mirlo de los azahares.

Pero no tomes contra mí, torpe,
la daga, ni el fusil ni la soga,
por esta advertencia clara.

Mientras la luna empolla en oriente

Aunque me duele y os duela,
me doy pena yo mismo
y me la dais vosotros varones inseguros,
con nobles excepciones:
yo soy un abogado de nota y no se diga,
un arquitecto de club y caramelo;
soy cualquier ingeniero sin sonrisa,
mucho menos un adarme de ingenio;
y he sido el periodista mercenario
del miserable cobro anticipado,
tanto como el poeta mentiroso
que inventa nubes, sofocando su ira,
mientras le dan salchichas
y el pan que sobra de pútridos festejos;
soy, sobre todo, un señor uniformado
amante de la plata con rubíes,
de las cruces de bronce y sus listones,
y a la par de vosotros, ay, cristianos,
me embriaga y ensordece la abundancia
que de ordinario escondo, melindroso,
bajo la mitra, sobre mi sotana.

Aunque me duele y os duela,
a diario me dais pena, con raras excepciones,
porque ni un solo día
os firma la razón su testamento
y como yo – reíos, decidme que soy zonzo –

apenas comprendéis la gracia,
el áureo mecanismo de la entera justicia:
sois como yo que no pienso ni en la muerte,
cuando la Luna, llena y fría;
pone huevos de estaño en el Oriente,
ni que soy una pluma de avestruz
sin tinta, rellena de arrogancia,
que el calor de mi canto tiene fija su tarde;
y por eso sois crueles
y por eso sois tristes, ayudantes
de todos los insectos y gusanos
que minan a mi pueblo,
digo al vuestro, perdón por la avaricia,
mientras me doy de bruces
contra el fluir de la Historia.

Aunque me duele y os duela,
me desveláis vosotros niños irracionales,
con firmes excepciones,
hijos de un rico suelo malpreciado,
contentos de sentirnos señores entre levas,
micrófonos de cobro veleidoso,
fotografías del alba con vida de doce horas,
mientras entre jardines,
frente a la pétrea iglesia Catedral,
el talento futuro nos lustra los zapatos,
la verde inteligencia
nos desprecia y nos hace los mandados;
más, nosotros, muy serios,
serios y respetables nietos de encomenderos,
nos volvemos de espaldas
ya haciéndonos cosquillas nos morimos de risa.

Aunque me duele y os duela,
repitiendo que no generalizo,
por eso me dais pena, señores ahembrados,

muy creídos de ser varones puros,
con buenas intenciones a base de propinas
o bien de misérrimas limosnas,
neroncitos envueltos en sucios cascarones,
tartufos de automóvil y avioneta,
sanchos venidos a lo peor de la especie,
hacendados de látigo, maestros del insulto,
a pesar de las caras de santo
qué con el sol de las ocho refleja el espejo;
a pesar del abrazo, del suspiro,
regalados, vendidos, con todas las de ley,
a la vuelta de un golpe de pecho
y un muy devoto y místico rezo,
bachilleres felices dé ser los nuevos ricos,
almas dubitativas,
profesores espías de vuestros alumnos.

Aunque me duele y os duela,
mientras la mar se achica
y agua se hace la Tierra,
por hoy este es el cuento de nuestro breve siglo,
en esta hermosa estancia de miel y leche,
rodeada de cantantes y mochuelos
y tenientes de líquidos y tierras,
propietarios de vidas y densos cafetales,
y falsos bardos olvidados
de ser, al menos, limpios lucitenientes,
y matones que no son ni el ritmo de un son,
en tanto la lipidia, la discordia,
el despecho con uñas de pantera,
el duelo y el amor vilipendiado,
ahogan noche a noche sus querellas
en una baja marea de adversos aguardientes.

Sí, mis santos y quietos hermanitos,
cerradme oídos, ojos,

puertas, ventanas y caminos,
cerrad con mil cerrojos vuestros pechos,
que de todas maneras, no hay verdad más desnuda,
desnuda y bien bañada
con jabón de agapantos y gardenias,
como una ninfa, una deidad, una condena;
por eso en vuestro nombre me doy pena yo mismo,
apátridas a sueldo – con bellas excepciones –
antipueblo con gafas,
cicuta con sabor a hierbabuena,
mestizos con vergüenza de su indio,
de su ombligo moreno, de su olor a barro;
me doy pena, vedme, con los dientes ceñidos,
bajo mil lenguas muertas,
engolfado en muy viejos latines,
orgullosos de que aprendo inglés,
muy cuadrúpedamente satisfecho
de ocupar vuestro banco en la escuela, celestinas,
varones inseguros aun de nuestro himno.

Aunque me duele y os duela,
ya que la madre-tierra, desesperadamente
gime, como una virgen
sin consuelo ni paz en un desierto,
mientras haya ignorancia y hambre a mi costado,
permitidme, a mi vez, ponerme este cilicio,
sonrojarme en lugar de los exangües,
volar sobre tugurios, prisiones y hospitales,
para decirle a todo el mal ajeno,
que de tantos olvidos, errores y cegueras,
yo también ya me siento el peor culpable.

Sonatina wagneriana

Esto del madero de tu cruz y la mía,
piénsalo con clama,
apurando de nuevo unos recios licores,
ya pasa de cien años
entre cascotes y ortigas,
ambiguos sermones y sedas traidoras,
pero bien que te gusta
vivir entre uniformes,
no dejar de ser bestia y cargar con tus penas,
al ritmo de lóbrego tambor,
tarareando el ya largo terelén
de tu estulticia.

Yo me engaño y me digo
mil años tiene mi olvido del arnés,
para fortuna de seres venideros,
y me limo los dientes,
las garras de tigrillo en mansedumbre,
pero no duermo,
vigilo, sueño por ti,
por lo que nuevamente, oh desgracia,
cada día me indigno,
sufriendo este taladro del ruido de las armas
que pasados treinta años,
cinco, doce, dos, veinte,
colocan en tus manos y te ordenan matar,
matar o suicidarte,
bajo el ritmo del mismo tambor y el peso
negro de tu misma cruz.

Madre mía, qué larga historia de arcabuz,
qué larga noche, Amor, qué larga,
bajo tus pies amoratados,
sobre el color sangrante de todas las caídas
ciegas, sin razón o con ella,
que sufre todo un pueblo sin jamás despertar,
apenas condolido por algunos letrados,
entre muchos viandantes
sonrientes, socarrones
y cien millones de inopia,
muy a gusto en su propia humorada,
con su pan sin sabor
y el mismo, invariable, tortuoso, tieso
ritmo marcial, que nos puebla los ojos
de triunfos en harapos,
de imágenes ingratas,
llenas de cucuruchos, cepos de roble,
modernas guillotinas
y un pulso en el gatillo muy bien amaestrado.

Esto del madero y la falta de luz,
más lo que pagas por subir al cielo
y lo mucho que te hundes en la tierra,
iletrado, insensato,
después de tanto cobro y tanta carga,
habrá de durar mucho con tambor y con rifle,
sin ningún cirineo, sin dulces Dolorosas,
si te obstinas en amar tu legaña
y llevar bien el paso, como un fuerte prusiano,
soñador de la tarde
más lloroso que un sauce,
que si sabes a qué hora se aman las alondras,
ignoras quién uy cuándo te prepara el desangre,
sultán en la miseria
recubierto de palmas.

Madre mía, qué terco y gran testuz,
qué lindo yugo de tela verde obscuro,
y tú que no mejoras
joven de imagen vieja, tez de reina enferma,
y yo sin querer tu caja,
en la misma de siempre desde hace tres mil años,
despierto en la alborada,
ajeno a elegantes y rudos ejercicios
matinales, con mi mano en la savia
y en el maíz mi mano;
con los dedos del pie, tractor de carne,
abriéndote las cuencas de los surcos
donde empollan tus tiernas alegrías,
ajeno a la parranda de los capitalinos,
ya blancos, ya grises,
azules, rojos, negros, tus gorgojos,
tus ilustres ya viejos moscardones,
los zánganos de cuello almidonado,
entre bomba y zambomba y ramos de corozo.

Porque esto de la cruz
y el avestruz, hermano, amigo y enemigo,
centurión de machete y desatino
que me abrazas si bebo a tu costado
y me matas si hablo y digo lo que escondes
y por mi cuna y por tu cuna canto,
escribo y contradigo,
ya pasa de cien años, diría de cien siglos,
de mil generaciones
con su marcha de muerte, su terelén de espanto,
mi tortilla con sal,
tu vestido de manta que soporta dos años,
y la misma selecta, cultivada indiferencia,
nuestra misma ignorancia
que baila con clarines
y fuma, resignada, su misma chirimía.

Sonsonete del inerme

Es la era del maíz bajo el plomo.

Es la hora de encarnar en un minuto
dos milenios de luz inadvertida.

Es la era de ser en el ojo de un santo,
que líder y padre, aun muerto,
sigue en su cruz penando
de inhumano y horrible desangre.

Es la hora de echarse las culpas ajenas
encima y ser el absurdo pañuelo
de lágrimas de todos.

Es la era de siempre y sin salida
a un lampo de gloria,
la hora del inerme ante la infamia.
Es la era del jet (y seguimos descalzos),
la hora de adueñarse las vergüenzas
sin color ni dueño,
a las que otros ponen alas de olvido.

Déjame aquí, en paz, en estas líneas,
desnudo, silente y bien clavado,
como el ave mirífica y gigante,
que semeja el crucifijo de tu abuela.
Es la era del inerme ante la infamia,
del que cocinan imperios y reinados
y soberbios tenores,
demócratas a sueldo y con marimba.

Es la hora del maíz bajo el plomo.
Qué antojo, mejor digo qué locura,
cuánto engaño, qué trampa,
qué presunción igual a un desafío,
qué drama, qué comedia, qué malicia.

Qué adoración por el profundo y puro,
por Él, a quien sin náuseas,
ni pena, ni duda, ni remordimiento,
todos prefieren colgando de un madero.

Es la hora del inerme ante la infamia.

De CASA DE POETA

Yo el amante

Mar, soledad que te arrullas
con tus propias voces,
si después de vagar como judío errante,
no hallo aquí en la tierra
que se dice mía,
un recodo tibio donde hacer mi casa,
dame licencia
para hacer mi nido
sobre tu concha de óvalo infinito.

Mar de sonido neutro,
calma o furor eterno
que más me toca el pecho en femenino,
yo, el amante de todas tus orillas,
el eterno ahogado
de tu más ignoto encanto,
el que se juega entero por tus olas
y un día, muy desconsolado,
morirá de no poder preñarte,
quiero, si no es posible un buque,
una piragua firme
que sostenga mi cuerpo,
mis efímeros miembros, en tu almohada.

Mar de colosal aliento,
sirena más antigua que una Eva
de ébano africano e inmaturo,
tú no me has de negar ese reposo,
habiendo tanto campo
sobre tu colcha de celofán celeste
y en tus propias entrañas
de añil sin propietario,

peligrosa rival
de mi futura esposa.

Mar, mi Mar, escucha,
de no hallar esa miga de tierra
que anhelo, sueño y amerito,
me tendrás en tu trono
de peces y corales,
dispuesto sólo a verte y a mimarte.

Éste es el paraíso

Aquí, he aquí el dormitorio,
aquí, de norte a sur,
los lechos son unidos
por el imán de Eros,
para no separarse son fatigados.

Aquí no hay calendario
ni relojes, ni ruidos imprudentes;
tranquilo el tiempo,
cóndor que se va de toda mano,
aquí es lebrel
y se complace con lamer tu sueño.

Aquí apenas la aguja de la aurora
toca tu frente
y es el áurea señal de nuestro sino.

Este es mi purgatorio
si vuelvo de labrar y no te encuentro,
yo el novio de azúcar
invariable, desesperado en busca

de su novia, de su azúcar antigua;
yo que ayer, en la ciudad,
sobre azoteas de humo
y fríos techos de zinc,
anduve como loco tras tus pasos
al dejar la prisión
de mi oficina,
ansiando tu gavilla de consuelos.

Aquí, aquí nuestro rompeolas,
el remanso de nuestros fastidios,
la hondura para el ancla
del deseo, y en un recodo,
aquí, el astrolabio de mis ambiciones,
allá tus pulidos remos,
el salvavidas de nuestro dormir.

Este es el paraíso,
esposa mía,
aquí esta el fénix
con las arras de nuestra voluntad.
Aquí no hay savia
que no se ofrende en flores,
el canto es contagioso
tanto como el arrullo,
incluso tienen sentido las divagaciones.

Lealtad sin niebla

Este es el sitio que ansío immaculado,
lleno, si poco, de sonrisas,
siempre pleno de calma,
con su raíz en la serenidad,
que no por gusto guarda, cristalino,
un eco de antiquísimos banquetes
bajo cielo argonauta,
con mucho de Penélope paciente,
mucho de Ulises
nada arrepentido,
y algo de Pan, con pámpanos y flauta.

Este es el comedor, ah nombre tosco,
el sitio donde, quieras
o no quieras, revive la energía;
y no te indignes, acepta su camino,
que ahí te espera, como tú
materia, el pan de cada día.

No te olvides pensar que en este sitio
con cada tarde nace,
si queremos, aquella magia antigua
de convertir en doce un pan,
un pez de proverbial escama.

Solamente nos faltan doce amigos,
doce pechos de verdad segura,
doce voces corales,
doce bocas de lealtad sin niebla.
He aquí tu problema, mi criatura,
más si se trata, piensa,
de La Ultima Cena;
si en vez de darle al pan con el cuchillo,

con el mismo metal buscan tu torso,
o te dan por la espalda
después que te elogiaron el pez,
el pan y el vino.

Pero este es el sitio
que sin máculas quiero,
lleno de frutas dulces y de trigo.

Tuyo es el mundo

Del membrillo cerrado como puño de niño,
a la uva que es lágrima
de placer contenido,
no hay fruto que no sea
un misterioso cosmos
de cósmicas sorpresas,
y así es el poema, el verdadero
padre de todo, mis amigos.

Para hacer en la Tierra el primer huerto,
al hombre le bastó una semilla,
y una idea, un verso, una línea,
cómo decir un grano
rescatado de ruinas milenarias,
hundido en negro surco,
un verso, digo, es lo indispensable
para llenar océanos y valles
de suficientes y gratas canciones.

Pienso ahora en esa maravilla
y luego digo a mi mujer, sembremos,
sembremos de ciruelo,

de madrigal hagamos el cerco de la casa;
cultivemos a diario estrofas escogidas
a la par de cultivar perales,
abonar el anhelo de los pinos,
su murmullo de infantil abuelo.
Puede ser que aparezca un descendiente,
una niña, un niño
de envidiables ojos,
inteligencia como fuego prematuro,
regresando del humus a estas tempestades;
puede ser, por qué no, tuyo es el mundo.

Ya habrá quien goce, así, de nuestros goces,
de ver cómo la lluvia
bajo la hierba agranda los espejos;
cómo el Sol se propaga en la cocina,
cornudo como él solo,
creyéndose el papá de sus fogatas,
o el preferido amante de la fresca leña.

Pasión por lo bello

Para construir su casa diseñe una dalia,
me dijo el arquitecto,
estudié las costumbres de un palomo,
grabé la voz del agua
calculando su afán de comer piedra;
hice el boceto vespertino de la flor del manzano,
que de repente muere sin ser fruto;
calculé la paciencia
inmensurable de la hormiga,
medí la fuerza de los vendavales
y de la luz solar

que es miel etérea;
mi pasión por lo bello le he entregado.

Por eso ve tan sólido en su gracia
este mínimo trozo
de colmena o de preciso albergue,
donde renacen rientes primaveras,
donde su temple cuida cada estío y el mejor otoño
se despeina el anciano cabello,
por darle chimenea a sus inviernos.

Por la flor que es su cas
me fijé en sus venas,
me dijo el mismo amigo,
en su forma de estrechar la mano
y decirle, con calma, “yo te espero”,
a la invariable dueña
de su mente sin tiempo;
me fijé en su gesto de tomarle el talle,
con un vigor de atleta que renuncia
a la lid del gimnasio
y prefiere, diría humildemente,
el ejercicio de rendirse a su princesa.

Y yo te digo: amada, este es tu palacio,
toma tu cetro de bambú
y ordena, pide un concierto
de líquenes y fuentes,
una diadema de tiernos faramagos,
la alfombra de mi piel
en cierto esguince, que si no, me matas.

Oh temblor de jazmines

Esta mañana, en lluvia y sed de lunes,
a lamentar me puse
que este mes, otra vez,
ni tú ni yo fuera el afortunado
con los mil regocijos de la lotería. . .

Que apenas voy teniendo cama dura,
un espejo con pecas, carcomido,
una silla de mimbre
de terrible historia;
un pichel con dejos de pingüino,
cierta sábana blanca cuando niña,
hoy con nocturna voz de nube;
un poncho que en la tarde
se me vuelve camello,
y una lágrima enorme como un acuario.

Apenas si conservo, por molicie,
un paquete de cartas
que me dan mucha pena
y no releo porque tienen filo,
recuerdos como lanzas,
alfileres o dagas
o temblor de jazmines,
de nadie más que míos. . .

Y unos libros de papel estoico,
un lápiz de varón que barómetro se cree,
porque me anuncia el tiempo
y sus remilgos, y sabe qué me ocurre,
qué pienso, qué siento,
cuál es mi fiebre y por qué escribo.

Apenas un retrato de mi madre
(voy guardando) muy antiguo,
de cuando yo ni era
su mirada, ni su sueño, ni sus ansias.
Pero no se diga
que por esto sufro,
no te creas tal cosa tú, mi amada.

Ya sabes que no hay lunes sin lunares,
que no hay lamento eterno
ni suspiro, y ahora soy un nuevo acaudalado. . .

Mía es tu sonrisa,
tu estilo de mujer iridiscente,
y si tu beso alumbra la choza donde vivo,
la mansión que soñamos
que se quede en ensueño,
para ahondar la duda de todo el vecindario.

De EL BIEN DE AMAR (1966)

Él es quien vence

Helo ahí, descolgado de un cuadro de Murillo,
sin corona, pero sí con alas,
siempre las tuvo el digno enamorado,
adánico y proteico,
el aviador de atávicos celajes
que nombre ya tenía y no volaba.

Amor, por lo que más tú ames,
abre los ojos, mira
si no es con esas alas
que yo me encumbro hasta hundirme en tu sueño,
después de haber vencido, incandescente,
la ley de gravedad que a tu regazo llama;
dime si no es tu miel la que me atrae,
tu gorjeo gozoso
de intangible ave,
alondra que ha inventado la mejor aurora.

Yo soy a quien tú diste la manzana
de este largo e inmortal destino,
toda delicia
y entierro de mis dudas;
soy el que vence en Eurípides batallas,
desata su esperanza renacida,
conquista el agua y todas sus maneras,
le enseña al fuego
sus cárdenos oficios
y es viento enhorabuena a tu cuello anudado.

Mujer de la verde cabellera ecuatorial,
compartida por mí apenas con Homero,
estoy por regresar antes de irme,
y voluptuoso, un tanto oscurecido

por la noche cerrada
de tu cuerpo, te pido que no me oigas
dejar a medianoche este planeta,
adherirme de oído a tu pecho insondable,
para luego escribirte estos consuelos.

Secreta oligarquía

Gobernanta del aire que respiro,
tu memoria a esta hora de la tarde
es una joven leona
revestida de lianas,
con un ramo de lirios por garras y colmillos,
leona boca de oasis
para este caminante de tus formas invictas.

Son las tres o la hora codiciada
para quien del amor conoce lo interplanetario
y tú, mi Vida, ya sabes que desearte
es apenas poseer con módulos sonoros tus encantos
a través del teléfono,
si es y no es tu cárcel,
poseerte así, en falso, parte de mi cuerpo,
sin contar siquiera con tus hombros,
no digo con la comba de tu espalda
y tus rojos duraznos,
gacela para el puma de mi voraz deseo.

Gobernanta del aire que me falta,
nube de abril de cielo venturoso,
lazada con el ansia
de mis futuros días,
venido a ser una hembra tallada en forma de ángel,

serena angelatura,
efigie de gardenias,
con qué calma te has cortado las alas
y quedado en tierra, equiparando mieles
para el urgente asalto de mi anhelo,
nube que ayer me hiciste nadar hacia tus playas,
entre líquenes rubios
de pubis consagrado.

Cruza por mis prisiones
tu gracia de paloma
y repentinamente vuelo a ti alma carne,
alma mía, emperatriz de mis sentidos,
del calor que cultivo noche y día,
rechazando escarcha
mientras me crece un lirio
signo de plenitud, himno sin nombre,
seña innegable de dicha total.

Así, vienes y me hallas perplejo y embebido,
atento a tu materia incandescente,
la misma con que -pienso- se hizo el mundo
y en mí tienes cosechada el alba,
el oro mustio, valioso, del otoño,
la fogata sin mengua
de la primavera, aquí donde el invierno
cambia sus granizos
por un candor de brasas y violines,
cuando el verano nuestro es único en remansos.

Gobernanta de mi aire,
celular y omnisciente,
mujer de donde copian las aves su donaire,
turbión de mis vigiliass,
inquietud de mi perro,
aletazo del tiempo que blanquean los cisnes

de tus muy tersos muslos,
para ti es mi estanque, para ti es la luna,
garfio ya donde cuelgas tu camisa de noche,
novia mía, navío de seda transparente,
mi navío; ya no peco de incierto,
sé cómo el acento de tus firmes mejillas,
matutino, es el pie de mi consuelo.

Tú me habitas, yo te habito y triunfamos,
yo te doy mi corona de pámpanos de mayo,
tú me das el deleite de ser como has nacido,
a ratos núbil calma,
singular desenfreno,
catarata y ciclón que nos hermana.
Y a esta hora, Amor, cuando me asaltas,
pones freno al galope de mis nervios,
ya no hay palabra entera
porque el verbo se triza,
el deliquio enceguece,
no sé si soy tu sombra o bien tú eres la mía,
el goce es jardinero
que a diario ensaya injertos
en todos nuestros labios. . .

La suite de verano

Un dadivoso día
de fulgor seguro,
si seguro es el brillo de tu reminiscencia,
hacia a mí se apresura
con tu imagen sin mengua, pero en vano,
porque no me fío,

prefiero serenarme, combatir de mañana
el mortuorio temblor de mis harinas
y ver si tú eres quien me llama.

Pese a todo cautivas mis sentidos,
sin ser flor tu bálsamo me inunda,
me haces subir, cegado,
la escala de ignotas ansiedades,
de tu luz me saturas,
me das brillo, me hace el mejor de los metales
para la simple sortija de tus dedos,
si no, la daga de tu pecho ingenuo,
el vaso antiguo en que libamos
un licor especial como tu si no.

Sin ser flor sino ave,
impulso de mi fiebre submarina,
marcada por el día y la noche que nos crea,
eres también la gracia del manzanar rosa,
contrincante arriesgada
del rayo del membrillo,
maremoto de perlas por tus muslos,
objeto del pincel de Rubens o de Goya,
esmeralda que, al fugarse de su frío,
vienes a estar dormida en mi epidermis.

Ah, falacia del día y su fulgor seguro,
espuma que te agitas en mis ganglios,
promesa que no cuenta con tu seña,
golpe de llanto del hombre y su verano.

Libertad relativa

SI estoy atado a ti, de libertad
qué puedo hablar, si tu fauna y tu flora
son celestes grilletes
para mi huraño y animal tobillo.

Libertad que me das un color de claro bronce,
situándome entre alturas azarosas,
para hacerme surgir fosforescente
del sopor más antiguo;
hincado diente amable
en la pasión de mis olvidos,
hoy más plenos que nunca de aceituna,
como el olivo de un huerto memorable,
no niegues tu rocío a estos roquedales.

Libertad, flor de benigna furia,
marea de sonrisas,
batalla del geranio y la amapola,
triunfo de la bondad,
torre de mi embeleso y mi esperanza,
aquí por ti estoy fijo y no me muevo.

Yo soy el descreído
que por tu tez suspira, se baña sin descanso
y sin temor al frío
ni a los vientos, repasa sus pecados,
absuélvase y promete, candoroso,
deflagrarse en tu nombre,
como antaño el mártir o el esclavo.

Si estoy atado a ti, maíz y credo,
suelta ya tu catarata de azucenas
y no dejes de dormir a mi costado.

Total -loa gozosa de loarme vivo-
de aquí al dos mil seremos
tal vez un cocotero y una palma,
que después de mucho viaje y mucho mar,
tendidos a la orilla de todos los océanos,
sienten un renacer de nardos
en la hoy nublada Luna,
nuevo El Dorado umbroso
de repetidos y fugaces hombres.

Una caída de alas

Tu muerte es la mía, no te mueras,
no te apagues así, canción de mis sentidos,
no separes con tu propia mano
la flor que eres del tallo que yo he sido,
no me empujes al llanto
sin motivo, si un porqué de razonables iras.

Canción de mi alborada,
voz que pone suavidad en mi piel,
brillo nuevo a mis turbias retinas,
calor al hielo de mis rodillas,
no averíes tus cuerdas si temprano
aumentas el silencio de mi alcoba;
recuerda que hoy debía acariciarte,
destruye el frío de tus tiernas manos,
ven con tu mismo fuego
a decirme “te amo”, no te mueras
por destruir sin causa nuestro epitalamio.

No te apagues como pobre llama,
tú que avivas fogatas en mis nervios,

si tiempo sobra para ser cadáver,
tú que puedes endulzar mis hieles,
ponerle freno a la furia de mis tardes,
decir adiós por siempre
a cuanto gesto mío mucho tiene de invierno,
flor por quien cuido sin cesar mi tallo.

Si una mañana de puñales me has tendido
al querer evadir esta garganta,
sus profanos maitines,
muy ajena al violín que en ella hila,
como quien hila el alba, su aleteo de agua,
yo te ruego volver, que aún hay trigo y su algazara
con pájaros y árboles contentos,
siempre intercambia hojas, plumas,
ritmos, aroma y polen,
a beneficio de nuestra florescencia.

Sin un porqué de razonables iras,
ajeno al paso de la noche
que absurdamente creas,
porque sí, porque lo quieres,
has querido fugarte al llamado infinito,
volvete céfiro cuando de sobra hay vientos,
ya no ser mía sino de la nada,
convertirte en ceniza o en espuma,
en horrendo bostezo de todos los abismos
que ahora redescubro en mi penumbra.

Canción de mis sentidos,
faro encumbrado cuando la marea
de todas las minucias de la vida
me ponen olas como ponerle muros a mi pensamiento,
yo te agradezco el que por fin respire
nuevamente a mi lado, arrepentida,

con mi nombre seguro
en tu boca, temprana voluta de agonía.

Ya tu pulso certero en mis verdades,
es la aurora sin muerte,
la luz que canta en los naranjos nuevos,
la esperanza fecunda que nos da su baluarte.

BIBLIOGRAFÍA

- Tierra sin cielo. (Plaqueta), Ediciones Acento, Unión Tipográfica, 1944, Guatemala.
- Pueblo y poesía. Tipografía Nacional, 1945, Guatemala.
- Para morir contento. Editorial del Ministerio de Educación .. Pública, 1949, Guatemala.
- Dianas para la vida. Editora Austral, 1955, Santiago de Chile.
- Cantemos por la herida. Editorial José de Pineda Ibarra, Ministerio de Educación Pública, 1962, Guatemala.
- Casa de poeta. Unión Tipográfica, 1965, Guatemala.
- Inerme como el olvido. Editorial Martí, 1965, Guatemala.
- El bien de amar. Ediciones Acento. Tipografía Nacional, 1966, Guatemala.
- Antología mínima. Editorial Oscar de León Palacios, Ediciones la Ermita, 1998, Guatemala.
- Soy el silbo del viento, Obra escogida (Selección de Francisco Morales Santos). Editorial Cultura, 2008, Guatemala.